JUAN SURIANO

AUGE Y CAÍDA DEL ANARQUISMO

ARGENTINA, 1880-1930

CLAVES PARA TODOS
COLECCIÓN DIRIGIDA POR JOSÉ NUN

CAPITAL INTELECTUAL

Director José Nun
Editor general Jorge Sigal
Edición Luis Gruss
Coordinación Cecilia Rodriguez
Corrección Alfredo Cortés
Dirección de arte Martín Marotta
Diagramación Verónica Feinmann
Ilustración Miguel Rep
Producción Néstor Mazzei

© 2005, Juan Suriano
© 2005, Capital Intelectual
Francisco Acuña de Figueroa 459 (1180) Buenos Aires, Argentina
E-mail: clavesparatodos@capin.com.ar Teléfono: (+54 11) 4866-1881
1ª edición: 10.000 ejemplares
Impreso en Sociedad Impresora Americana S.A., Lavardén 157, Cap. Fed., en octubre de 2005. Distribuye en Cap. Fed. y GBA: Vaccaro, Sánchez y Cía. S.A. Distribuye en interior y exterior: D.I.S.A. Queda hecho el depósito que prevé la ley 11.723. Impreso en Argentina. Todos los derechos reservados.

CAPITAL INTELECTUAL

PRODUCE:
Le Monde diplomatique, edición Cono Sur • Fem, femenina y singular
Mirá Quién Vino, Vinos y Gastronomía

320.982
CDD

Suriano, Juan. Auge y caída del anarquismo: Argentina 1880-1930
1a ed., Buenos Aires, Capital Intelectual, 2005
96 p., 20x14 cm. (Claves para todos, dirigida por José Nun Nº 37)
ISBN 987-1181-41-8
1. Historia Política Argentina. I. Título

ÍNDICE

Introducción 11

Capítulo uno
El arraigo anarquista 13

Capítulo dos
El proyecto cultural alternativo 39

Capítulo tres
El declive 53

Conclusiones 91

Bibliografía 93

El autor 95

"Somos anarquistas porque anarquía significa ausencia de gobierno y libertad.
Somos comunistas porque sin la igualdad económica no comprendemos que pueda haber libertad.
Queremos que el hombre desde el momento que nace tenga derecho a la vida, al bienestar, en fin, a todas las delicias que nos ofrece el progreso con sus grandes adelantos y descubrimientos.
Es por esto que luchamos, que nos agitamos; porque queremos, y ardientemente queremos que surja la nueva era anhelada; en donde la humanidad libre y feliz pueda desenvolverse sin traba alguna en medio del raudal de riqueza que nos ofrece la tierra fecunda y grande."

Santiago Locascio, *Anarquía y comunismo, El Rebelde,*
Buenos Aires, 7 de mayo de 1899

INTRODUCCIÓN

La sociedad urbana argentina de fines del siglo XIX y comienzos del XX fue el resultado de un desordenado y acelerado proceso de modernización económica iniciado poco tiempo después de la caída de Rosas. En este contexto y relacionado con la economía agroexportadora predominante, se conformó un mundo del trabajo constituido por una incipiente clase obrera altamente cosmopolita. Los trabajadores estaban ocupados minoritariamente en el poco desarrollado sector industrial y, mayoritariamente, en la construcción y en los servicios como el puerto (estibadores, marineros y foguistas) y los transportes (ferrocarril, tranvías y carros).

Esa sociedad resaltaba por una constante movilidad social que no alcanzaba a constituir una fisonomía estable; y si bien permitía el ascenso y el bienestar de un gran número de trabajadores, también excluía y destruía la ilusión de una importante porción de ellos. Esta situación, por supuesto, generaba alegrías y consensos pero también resentimientos y descontento entre los trabajadores. Los perdedores se sentían solos y abandonados por la sociedad y por un Estado que en ese entonces se mostraba indiferente a sus problemas más acuciantes como las malas condiciones de vivienda y de trabajo, la desprotección laboral, la desocupación, los bajos salarios y la oclusión política.

Estas peculiaridades del proceso socioeconómico argentino potenciaron, especialmente durante la primera década del siglo XX

y en los años inmediatamente posteriores a la Primera Guerra Mundial, la protesta popular y la confrontación entre la nueva e incipiente clase obrera con los patrones y el Estado. Naturalmente estas características generaron rasgos favorables para el arraigo de tendencias contestatarias como el socialismo, el sindicalismo revolucionario y el anarquismo.

En este trabajo se analizarán las características centrales del anarquismo argentino que nació, se desarrolló con vigor y también alcanzó su decadencia durante el período marcado en nuestro país por la economía agroexportadora.

Los anarquistas, cuya característica central fue una entusiasta adhesión a la acción y un rechazo por la reflexión, se adaptaron perfectamente a la cultura del conflicto, organizaron a los trabajadores e intentaron imponer un proyecto cultural alternativo, ocupando aquellas zonas carentes de otras presencias institucionales (Estado y partidos políticos) o en competencia con ellas (organizaciones étnicas, religiosas y nativistas). Mientras estos factores de conflictividad perduraron las propuestas del anarquismo tuvieron vigencia y, al parecer, resultaron atractivas para muchos trabajadores.

CAPÍTULO UNO
EL ARRAIGO ANARQUISTA

LAS CARACTERÍSTICAS DEL ANARQUISMO

Es evidente que durante el corto período de tiempo que va desde el nacimiento del siglo XX hasta los festejos del Centenario de la Revolución de Mayo –en 1910– el anarquismo se convirtió en el principal actor del conflicto social y gozó del apoyo de una importante porción de los trabajadores urbanos. En realidad más que ganarlos para su causa los anarquistas fueron eficaces para articular las reivindicaciones obreras. Las razones de ese arraigo son múltiples. Y si bien su prédica internacionalista y antipatriótica, que reflejaba su propia composición étnica, debe haber contribuido, existen otras razones más profundas.

La heterodoxia ideológica, la dinámica de su acción y la tremenda frontalidad le permitieron al anarquismo adaptarse perfectamente a una sociedad de carácter aluvional, excesivamente cosmopolita, con un mundo del trabajo heterogéneo y en continuo movimiento y transformación. Ese movimiento ofreció respuestas inmediatas a las necesidades cotidianas y a las expectativas de una vida mejor de los trabajadores. Dichas respuestas tendían a satisfacer esas demandas y abarcaban desde la huelga y la movilización callejera hasta la constitución de un entramado institucional compuesto por sociedades de resistencia, círculos culturales, escuelas alternativas y la construcción de una amplia red de prensa. Para cubrir esas esperanzas no parecían necesarias

grandes disquisiciones teóricas ni una extremada coherencia ideológica. Sólo había que estar allí donde aparecieran las demandas, y el anarquismo, que manifestaba un escaso apego por la reflexión teórica, estaba allí para ofrecer un marco de contención a los trabajadores y proponerles un proyecto liberador.

Las prácticas libertarias asumían las características de una militancia de urgencia en tanto el pensamiento y el análisis teórico quedaban absolutamente subordinados a la acción. En el anarquismo local predominaban el inmediatismo y el intento de aceleración de los tiempos políticos al poner el énfasis en objetivos que iban más allá del presente, como la destrucción del Estado en forma total y definitiva, sin etapas intermedias (como sostenía el gradualismo socialista) ni mediaciones como las sugeridas por el comunismo (dictadura del proletariado). Sus militantes tenían la convicción de que el movimiento espontáneo era quien creaba las condiciones ideales para el progreso de los ideales libertarios. Y esta forma de movimientismo los llevaba a privilegiar la acción por sí misma y a golpear sistemáticamente al orden constituido.

De esta forma en cada conflicto en el que intervenían extremaban las exigencias a los patrones y al gobierno para llegar más lejos. Aunque sus actitudes no eran del todo homogéneas en este sentido, en general despreciaban la negociación y privilegiaban la idea del *todo o nada* y de alcanzar los objetivos de manera inmediata: "los hombres libres deben ir derecho a la conquista del pan y no detenerse a recoger migajas".[1]

Si bien es cierto que esta tendencia a despreciar el análisis teórico y privilegiar la acción se rebelaría a largo plazo contraproducente (en tanto los llevó a prestar escasa atención al estudio sobre la realidad argentina), en un primer momento les permitió ponerse al frente de los reclamos populares. Y esta característica

1. *El Rebelde*, 12 de enero de 1902.

se relaciona a otra de las razones por la que el anarquismo tuvo éxito en nuestro país. Porque sustentaba una concepción de la lucha social más amplia que el esquema marxista clasista.

Esta doctrina ofrecía una alternativa no sólo al obrero alienado sino también a todos aquellos sectores que vieron frustrados sus anhelos de ascenso social. Supo interpretar con su lenguaje político la miseria y el descontento popular y brindó respuestas al malestar y a la insatisfacción de los sectores humildes. El anarquismo apuntó a darles una respuesta no a quienes triunfaban sino a quienes veían (o creían ver) frustradas sus aspiraciones. Apuntaron a esa zona de desilusión, de frustración y de deseos insatisfechos, explotando muy bien la bronca y el resentimiento de los trabajadores que no lograban cumplir los sueños que habían motivado el desarraigo de su terruño natal. Cualquier manifestación de descontento social era la chispa aprovechada por los militantes libertarios para encender la hoguera de los reclamos.

Debido a que su interpretación excedía el marco del conflicto de clases, no sólo organizaron a los obreros; también lo hicieron con los consumidores durante la gran huelga de los inquilinos de conventillos en 1907; defendieron y lucharon por los presos sociales; apoyaron conflictos como la huelga de los obreros cigarreros contra la incorporación de maquinaria moderna; apoyaron los reclamos de las prostitutas; coherentes con las ideas antimilitaristas llamaron a los soldados a desertar, y a los policías a no reprimir y plegarse a las filas de la rebelión. Con una clara heterodoxia clasista los anarquistas realizaban un llamado al conjunto de los oprimidos, reforzado por un estilo pasional y dramático en la forma de emitir sus discursos.

Esta fue, sin duda, una de las claves de su arraigo entre los sectores populares. Porque es probable que en muchos conflictos la intervención de socialistas y anarquistas haya sido parecida, casi intercambiable. Sin embargo es en este punto donde adqui-

ría importancia la forma de emisión del discurso libertario: dramática, elocuente, acompañada de una gestualidad exagerada y acentuando siempre el carácter binario de su discurso en el que sólo había lugar para buenos (el nosotros: los oprimidos) y malos (el otro: los opresores).

Además el anarquismo demostraba una predisposición innata a ayudar desinteresadamente al prójimo sin tener en cuenta sus propios réditos. La solidaridad con los desposeídos era el motor básico que ponía en movimiento la actividad libertaria puesto que ayudar a los débiles y a los caídos en desgracia suponía una obligación moral. La solidaridad era, entonces, uno de los componentes fundamentales de la moral anarquista y se hallaba omnipresente en su doctrina. "Entre los fundamentos naturales de una sociedad libre –sostenían– hemos de incluir el principio de solidaridad, que abarca la idea de reciprocidad, el más bello concepto de justicia y de fraternidad práctica".[2] Precisamente, este principio motorizaba las prácticas anarquistas y la red solidaria que construyeron abarcaba todos sus niveles organizativos (gremial, cultural, social).

Las acciones solidarias tenían un doble objetivo: por un lado, estaban destinadas a obtener (mediante la organización de veladas culturales y suscripciones) fuentes de financiamiento para el funcionamiento de sus instituciones (prensa, escuelas, bibliotecas, sociedades de resistencia); por otro lado existía una acción solidaria de carácter humanitario que abarcaba el socorro a las víctimas de la represión (tanto en Argentina como en el exterior), a los desocupados, los obreros en huelga, los presos o los expulsados del país por las autoridades locales. Ante cada una de las oleadas represivas que se produjeron con frecuencia durante la primera década del siglo XX la capacidad de ayuda solidaria del movimiento anarquista se cons-

2. Antonio Pellicer Paraire, *Conferencias populares sobre sociología*, Buenos Aires, Imprenta Elzeviriana, 1900, p. 43.

tituyó en un rasgo distintivo que, con seguridad, debe haberse convertido en un fuerte atractivo para los trabajadores argentinos.

Hay que aclarar que el anarquismo no estuvo solo en esta tarea; fue, junto al socialismo, el que construyó ese espacio de sociabilidad pública donde los trabajadores articularon las instituciones que los dotarían de voz e identidad. Esa red institucional estaba compuesta de sindicatos, una multitud de periódicos, hojas y folletos que conformaban la prensa obrera, bibliotecas, escuelas, centros culturales, asociaciones mutuales, grupos filodramáticos y musicales.

Sin embargo las diferencias entre ambas agrupaciones fueron notables. Distinguiéndose del socialismo, el anarquismo no era un partido político pues rechazaba cualquier forma de organización estructurada y verticalista, especialmente el centralismo marxista. El argumento utilizado se basaba en que todo partido político era autoritario y violaba la libertad individual de sus adherentes. En este sentido se constituyó en una especie de movimiento político sin dirección unificada, sin una línea de acción táctica, que albergaba libremente en su seno las diferentes estructuras organizativas (sindicatos, grupos, círculos, periódicos) y las diversas corrientes internas (individualistas, colectivistas, anarcocomunistas, anarcosindicalistas, organizadores, antiorganizadores).

El anarquismo era un verdadero caos doctrinal y organizativo que sólo actuaba de manera conjunta en los momentos de conflicto agudo para volver a privilegiar sus disidencias internas en tiempos de tranquilidad social.

UNA SOCIEDAD SIN ESTADO Y SIN FRONTERAS

La distancia con el socialismo no se expresaba solamente en la cuestión organizativa; se volvía abismal en torno a las formas de transformar la sociedad. El partido de Juan B. Justo creía en el cambio social a través de la activa participación en el sistema

político parlamentario; realizaba denodados esfuerzos para convencer a los trabajadores extranjeros para que se nacionalizaran y pudieran convertirse en votantes socialistas. Los anarquistas, en cambio, marchaban en un sentido opuesto y obstaculizaban cuanto podían la acción proselitista del socialismo pues rechazaban abierta y tajantemente cualquier forma de representación política por considerarla atentatoria de las libertades individuales.

La representación política era considerada un acto de delegación a través del cual los individuos encomendaban sus reivindicaciones a un tercero. En este acto de representación, el representado perdía su libertad política en manos de su representante quien, una vez en el Parlamento, podía desvirtuar el mandato. "Votar es abdicar. El hombre que va a depositar su voto en las urnas entrega su voluntad y todos sus derechos al que ha elegido... Entrega en manos del que ha designado lo que debiera conservar con celoso empeño".[3]

El rechazo de la representación política implicaba negar la propia existencia del gobierno y, en este sentido, el anarquismo se convirtió en una tendencia política hostil al sistema imperante. Sólo aceptaba un cambio total de la estructura capitalista por otro sistema más justo y libre, aun cuando nunca hayan explicitado de manera clara las características que debía alcanzar la sociedad alternativa.

La impugnación del sistema político representativo era absoluta y sin concesiones. Ante cada comicio los militantes anarquistas llamaban a los ciudadanos a realizar huelga de electores repartiendo volantes en las zonas cercanas a las urnas. Esta postura, compartida por todas las tendencias internas, era una consecuencia directa de su rechazo a la autoridad encarnada en el Estado. Rechazaban su sola existencia y las manifestaciones que lo sostenían: la ley, la patria, el ejército y, por supuesto, las prácticas electorales que lo sustentaban.

3. *La Protesta*, 10 de marzo de 1906.

Basado en estas convicciones, el anarquismo se autoexcluyó de un sistema electoral que si bien era fraudulento y restrictivo al comienzo, se transformó con la reforma electoral de 1912 y estaba convirtiendo indefectiblemente a los habitantes (por cierto a los nativos y a los naturalizados) en ciudadanos.

El anarquismo se oponía a las nociones de ciudadanía, representación y participación política electoral, presionado por la urgencia revolucionaria que lo caracterizaba, y postulaba otras formas más espontáneas de hacer política como la huelga general y la acción directa. A su juicio estas tácticas habrían de transformar la sociedad actual eliminando las desigualdades sociales a partir de la liquidación del Estado, las leyes, la patria y el ejército.

La negativa a la sobrevivencia del Estado se sustentaba en que su existencia no sólo legitimaba la autoridad sino que también era artificial y perversa pues se trataba de una creación de los sectores dominantes con el fin de mantener el orden y la regulación de las relaciones sociales para su provecho y en desmedro de los individuos. A la vez la ley era indispensable para la existencia del Estado y para garantizar la subordinación de los individuos y la regulación de los vínculos entre los hombres.

A su criterio, a través de la legislación, el Estado creaba un corpus jurídico que legalizaba su acción, articulando una de sus herramientas principales de dominación puesto que todo el funcionamiento de la sociedad se encontraba relacionado a la legislación. "La ley –sostenía Rafael Barrett– se establece para conservar y robustecer las posiciones de la minoría dominante; así, en los tiempos presentes en que el arma de la minoría es el dinero, el objeto principal de las leyes consiste en mantener inalterables la riqueza del rico y la pobreza del pobre."[4]

4. Rafael Barrett, *Escritos de Barrett*, Buenos Aires, Proyección, 1971, p. 65.

La impugnación del Estado y la ley le generaba al anarquismo algunos problemas irresolubles, particularmente en aquellos aspectos de sus tácticas de lucha vinculados a las reivindicaciones del movimiento obrero. ¿Cómo legitimar una conquista gremial obtenida a través de la lucha? Era difícil obtener la jornada de ocho horas, el descanso dominical o mejorar las condiciones de trabajo sin la sanción legislativa o la intervención del Estado en alguna de sus instancias. Los anarquistas, con una fuerte impronta liberal, pensaban que para lograr estas reivindicaciones obreras y su aplicación normal era suficiente el acuerdo entre trabajadores y patrones sin la participación gubernamental.

Pero el principal inconveniente de esta concepción era que los acuerdos obrero-patronales así logrados carecían de garantías legales y podían ser dejados sin efecto por los empresarios. La evolución de las relaciones obrero-patronales llevaba naturalmente hacia la intervención del Estado que se convertiría en árbitro, garante y regulador de las relaciones laborales. El anarquismo no quería ni podía aceptar esta mediación en tanto lo consideraba representante de los sectores patronales.

Así, al no avalar la sanción legal gubernamental, los anarquistas se encontraron inhabilitados para cristalizar las mejoras logradas a través de la huelga. Aunque es cierto que en una primera etapa la presencia estatal en la cuestión laboral fue escasamente perceptible para los trabajadores, a partir de la emergencia del conflicto social en 1902, si bien se agudizó la represión y la persecución al anarquismo, también comenzó a involucrarse cada vez más en el problema tanto a través de la sanción de unas pocas leyes obreras como con la creación del Departamento Nacional del Trabajo en 1907. Estos cambios no modificaron la actitud del movimiento libertario, quien no sólo se mantuvo fiel a sus principios sino que reforzó su ataque a las instituciones estatales. Seguramente en este combate tan desparejo puede

encontrarse una de las causas de su rápida decadencia unos años más tarde.

Del mismo modo en que se cuestionaba a la legislación por otorgarle al Estado el sustento legal, se impugnaba la idea de patria pues lo dotaba de sentido e identidad. Se sostenía que el Estado necesitaba imperiosamente de la patria para legitimar su existencia; por eso se delimitaban fronteras nacionales dividiendo a los hombres no de acuerdo a los sectores sociales a los que pertenecían sino por afinidad nacional.

De esta forma los grupos dominantes, a través del Estado, utilizaban hábilmente el patriotismo inculcando en el pueblo sentimientos de amor y adhesión a los símbolos nacionales (la bandera nacional, por ejemplo), manipulándolo a través de rituales públicos y arrastrándolo a una adhesión de tipo irracional a la patria. Los anarquistas se oponían de manera frontal y categórica a la existencia de las naciones porque destruía la fraternidad universal de los oprimidos. Su propaganda antipatriótica se dirigía esencialmente a los trabajadores puesto que constituían la mayoría de los explotados y el tipo de opresión al que estaban sometidos no era diferente en uno u otro país.

El hecho considerado más grave por los anarquistas era que, una vez legitimada la idea de patria a través del consenso popular, el Estado creaba e imponía una institución concreta como era el ejército para la defensa de los intereses nacionales. Así, una noción abstracta como patria se corporizaba en un cuerpo armado de la nación que, con el pretexto de su defensa frente al enemigo externo, escondía el verdadero objetivo que no era otro que mantener, en nombre del bien general, el orden interior y evitar la protesta de los oprimidos.

En este sentido el anarquismo argentino parece haber captado bien el proceso impulsado por la elite local tendiente a reforzar el sentimiento nacional y patriótico en una sociedad tan cosmo-

polita y heterogénea como la argentina. En ese entramado el rol asignado al ejército (creado en 1902) era de importancia central pues la conscripción obligatoria estaba planteando una cuestión que excedía la defensa de la frontera nacional y la respuesta al armamentismo chileno, para convertirse en una escuela de formación cívica y moral de una juventud sospechada por su excesivo cosmopolitismo y, en parte, por aparecer influenciada por ideas sociales avanzadas. De esta forma, el ejército debía cumplir una función educadora complementaria a la de la escuela pública.

Los grupos libertarios locales plantearon desde temprano y especialmente a partir de 1902 una activa prédica antimilitarista a través de la publicación de numerosos libros, folletos, artículos periodísticos, conferencias y obras teatrales. Al tema se le asignaba tanta importancia que incluso se crearon varios grupos, como *Luz al Soldado, El Cuartel, El Conscripto,* dedicados específicamente a combatir el militarismo a través de activas campañas de propaganda realizadas en diversos lugares de la ciudad y el campo y, específicamente, en las puertas de los cuarteles llamando a los soldados a desertar del ejército.

Si bien los grupos antimilitaristas eran los encargados de orientar y dirigir esta propaganda, participaban todos los integrantes del movimiento, desde el último de sus militantes hasta la Federación Obrera (controlada por el anarquismo) que tomó esta bandera de lucha entre sus principales reivindicaciones y en su Sexto Congreso decidió formar una federación antimilitarista en la República Argentina "considerando que la militarización está en contraposición con las leyes naturales y siendo el militarismo un sentimiento localizado".[5]

Para el anarquismo combatir al ejército significaba otra forma de atacar de manera directa al propio Estado. Claro que fue un

5. F.O.R.A., *Acuerdos, Resoluciones y Declaraciones,* Buenos Aires, 1906, p. 9.

combate absolutamente desigual y no hay evidencias de que su propuesta de desertar de los cuarteles haya tenido cierto apoyo de los soldados, en todo caso sólo parecen haber convencido a algunos jóvenes a no hacer la conscripción. De todas formas su acción tuvo el mérito de la originalidad ya que fue casi el único movimiento político en plantear esta postura; el otro fue el socialismo que puso menos énfasis en la cuestión militar. El anarquismo fue la voz discordante en un momento en el cual el patriotismo y las ideas nacionalistas crecían al compás del fortalecimiento de las naciones. Al creer en una sociedad sin fronteras y en un universo sin nacionalidades, el anarquismo otra vez iba a contramano de la tendencia dominante en el proceso histórico en el que estaba inmerso.

A LA BÚSQUEDA DEL PROLETARIADO

Al comenzar la primavera de 1885 tres inmigrantes italianos alquilaron un local en la esquina de la calle Cerrito y Córdoba en donde funcionaría el taller de reparaciones de artículos eléctricos *Malatesta, Natta, Pezzi y Cía.* Era uno más de los tantos emprendimientos independientes llevados adelante por los esperanzados inmigrantes arribados a estas costas. Sin embargo, sus propietarios no eran simplemente trabajadores italianos que cruzaron el Océano Atlántico para *hacer la América* sino activos militantes anarquistas que debieron dejar su país contra su voluntad perseguidos por la represión que asoló Italia durante esos años.

Uno de ellos era Errico Malatesta quien, junto con Savereio Merlino, orientaba y dirigía el anarquismo italiano y, como muchos otros, se convirtió en un exponente de la migración política que llegó al país mezclado y confundido entre los cientos de inmigrantes que desembarcaban diariamente en nuestras costas.

La presencia de estos emigrantes políticos (italianos, españoles y, en menor medida, franceses y alemanes) data de la década

de 1870 cuando arribaron activistas que habían participado de la dolorosa experiencia de la Comuna de París o de la desbandada de la Primera Internacional de Trabajadores. Esta presencia sentaría las bases de los primeros grupos de la izquierda argentina y estuvo marcada por la temporalidad y la fugacidad de la permanencia puesto que, generalmente, la mayoría de estos activistas, al menos en esta etapa de protoformación de la izquierda argentina, volvían a su tierra para seguir luchando por sus ideales.

Incluso muchos de ellos dedicaban buena parte de su estadía local a recaudar fondos para financiar los procesos revolucionarios en su tierra. El mismo Malatesta pasó el crudo invierno de 1886 tratando de hallar oro en Tierra del Fuego para poder rearticular la prensa anarquista en su Florencia natal.

No obstante, mientras permanecieron en Argentina contribuyeron a organizar el que sería unos años después un vigoroso movimiento anarquista, tal vez el más importante de América Latina, que adquiriría algunas características propias. Aunque los primeros grupos aparecieron a mediados de la década de 1870, fue la actividad desarrollada por Malatesta durante los cuatro años de su permanencia en Argentina lo que sentó las bases del anarquismo vernáculo. En efecto, la creación del Círculo de Estudios Sociales, la edición del periódico *La Questione Sociale* y la intensa propaganda desarrollada entre los trabajadores italianos mediante charlas y conferencias en cafés y locales obreros contribuyeron a perfilar el anarquismo entre los trabajadores. Por otro lado y casi paralelamente, un grupo de anarquistas italianos y españoles fundó el Sindicato de Obreros Panaderos que tendría una activa presencia en el movimiento obrero y se convertiría en una de las instituciones libertarias más emblemáticas.

Sin embargo, durante esos años la presencia anarquista entre los trabajadores era sumamente endeble y después de la partida de Malatesta se debilitó aun más, puesto que mientras duró su

estadía su prestigio había contribuido a neutralizar las constantes discusiones en las que se enfrascaban los activistas ácratas. Esta debilidad no era sólo un problema de la escasa adhesión de los obreros a las ideas anarquistas, sino también de la propia concepción individualista predominante en sus filas que tendía a aislarse de las masas y descreer de la organización gremial.

Esta tendencia, que se expresaba en los periódicos *El Perseguido* (1890-1897) y *El Rebelde* (1898-1903), tendía a favorecer la unión por afinidad ideológica y rechazaba la posibilidad de organizar las huestes obreras, impidiendo de esta manera un crecimiento masivo del anarquismo. La oposición de estos activistas individualistas a la organización obrera se fundamentaba en la manifiesta desconfianza hacia los agrupamientos institucionales, porque distorsionaban la voluntad de sus afiliados y empujaban a los trabajadores a una actitud pasiva con los grupos dominantes perdiendo consecuentemente el espíritu de rebeldía. Se opusieron no sólo a la formación de sociedades de resistencia sino también a las huelgas pues, a su criterio, si los trabajadores obtenían mejoras perderían la iniciativa y además serían violadas por los patrones. Estos sectores manifestaron, además, fuertes simpatías por la ola de atentados llevados adelante en Europa por terroristas libertarios que costaron la vida de varios prominentes hombres de Estado. Cada acto terrorista era festejado ruidosamente por los anarco-individualistas aunque no lo practicaron en el país. En realidad la prédica local a favor del atentado sirvió más para alarmar a las autoridades que para atraer adeptos.

Esta situación comenzó a modificarse al promediar la década de 1890, cuando los conflictos gremiales se intensificaron tanto en Buenos Aires como en la zona litoral. En ese momento empezó a conformarse dentro del anarquismo local un sector partidario de la organización que se lanzó a organizar a los trabajadores en sociedades de resistencia (sindicatos) y a inducirlos a defender sus

derechos a través de la huelga. En este proceso confluyeron importantes causas externas e internas al anarquismo: en el primer caso hay que destacar el cambio del contexto local por la superación de la crisis de 1890 y el consecuente crecimiento del empleo. Estos hechos motivaron a los obreros a generalizar sus reclamos de aumentos salariales y de mejores condiciones laborales que desembocaron en una buena cantidad de huelgas.

Las transformaciones internas del anarquismo se deben a varios factores. En primer lugar debe señalarse el cambio en el movimiento libertario internacional que, partir del Congreso de Capolago (Suiza) realizado en 1891, recomendó a sus simpatizantes abandonar la tendencia aislacionista impulsada desde la derrota sufrida veinte años antes en la Primera Internacional de Trabajadores e impulsar la organización obrera. En este contexto debe entenderse la llegada al país de varios activistas anarquistas españoles partidarios de la organización que habían realizado su experiencia de militancia gremial en la Federación de Trabajadores Españoles. Otros dos hechos centrales que respaldarían de manera activa la tendencia organizadora fueron la creación en 1897 del periódico *La Protesta Humana,*[6] y el arribo y la permanencia en el país entre 1898 y 1902 del dirigente anarquista Pietro Gori, un abogado criminalista italiano, de extraordinarias dotes oratorias y organizativas que recorrió el país dictando docenas de conferencias, creando sindicatos y ganando adeptos para la causa organizadora. Gori fue un verdadero ícono del movimiento anarquista local y logró atraer al mismo una serie de publicistas e in-

6. Pocos años después cambió su nombre por el de *La Protesta* y en 1904 se transformó en diario. Teniendo en cuenta la extrema fugacidad de las publicaciones anarquistas *La Protesta* ha sido un fenómeno por su regularidad y larga existencia. Sobrevivió épocas de dura represión, de crisis financieras, de conflictos políticos y de cuestionamientos internos y con intermitencias se siguió editando hasta el presente. Sin dudas fue el gran emblema del anarquismo argentino.

telectuales, como Alberto Ghiraldo, que lo prestigiarían y le darían un notable impulso entre los sectores populares.

La prédica de Gori a favor de la organización gremial, sumada al esfuerzo de los libertarios españoles, de *La Protesta Humana* y de los nuevos militantes lograron inclinar a la mayoría de los anarquistas hacia la organización de la clase trabajadora argentina. Es en este momento, en torno a 1900, cuando el movimiento anarquista local adquirió su madurez y se lanzó a organizar gremialmente a los trabajadores en sociedades de resistencia, a difundir sus ideas a través de una vasta red de periódicos, hojas de propaganda, libros y folletos así como la organización de escuelas alternativas, bibliotecas populares y círculos de estudio y discusión con el objeto de construir una sociedad alternativa al capitalismo.

Así, y sin olvidar el importante rol jugado por el socialismo, el anarquismo se convirtió durante el breve lapso de tiempo ocupado por la primera década del siglo XX en la organización contestataria más importante de la sociedad argentina. Incluso fue el factor fundamental que permitió la creación de la primera federación obrera de Argentina.

Aunque se habían llevado adelante algunas experiencias federativas en las dos últimas décadas del siglo XIX, todas fracasaron rápidamente y recién en 1901 los dirigentes gremiales libertarios dieron vida, junto con los socialistas, a la Federación Obrera Argentina (FOA) que de hecho se constituyó en la primera institución que nucleó al incipiente y disperso movimiento obrero argentino. Sin embargo la vida de la central fue complicada desde el comienzo debido a las profundas diferencias con los socialistas, no sólo por cuestiones doctrinarias sino principalmente en torno a las tácticas de lucha.

Los socialistas no estaban de acuerdo con el carácter radicalizado que los militantes libertarios imprimían a las huelgas y a las declaraciones públicas. Es así que la concordia duró poco tiempo

y el socialismo se separó de la FOA para formar la Unión Gremial de Trabajadores (UGT). Esta ruptura es emblemática pues marca el comienzo de un profundo desencuentro entre las diversas fuerzas que orientaron el movimiento obrero argentino y que perduraría durante toda la primera mitad del siglo XX.

El anarquismo mantuvo su influencia sobre la FOA durante más de una década y ese predominio se plasmó en primer lugar en el cambio del nombre. A partir de 1904 la central obrera se denominaría Federación Obrera Regional Argentina (FORA) en clara alusión a su rechazo de la idea de nación. Un año más tarde, el Quinto Congreso de la FORA tomó una resolución, duramente cuestionada por socialistas y sindicalistas: "aprueba y recomienda a todos sus adherentes la propaganda e ilustración más amplia en el sentido de inculcar a los obreros los principios económicos-filosóficos del COMUNISMO ANARQUICO".[7] Esta decisión manifestaba un fuerte sectarismo y dejaba fuera de la federación a los gremios no anarquistas, descartando cualquier posibilidad de unificación gremial.

Aunque el número de cotizantes no era alto y sólo contaban con la adhesión de algunos gremios, la FORA fue más importante que la UGT y adquirió una enorme importancia y peso político que radicaba en el control de algunas sociedades de resistencia como los Conductores de Carros, Marineros y Foguistas, Peones de Barracas y del Mercado Central y la más importante de todas, la Federación Nacional de Obreros Portuarios. Estos gremios se concentraban en Buenos Aires, Rosario y los pequeños centros urbanos del litoral fluvial del Paraná y eran orientados mayoritariamente por dirigentes libertarios así como también los sindicatos de panaderos, obreros de la construcción, metalúrgicos y trabajadores navales. La importancia de dirigir gremios como los portuarios o

7. F.O.R.A., *Acuerdos, Resoluciones y Declaraciones*, Buenos Aires, 1906, p. 17.

los conductores de carros radicaba en que podían presionar directamente sobre el núcleo de la economía agroexportadora puesto que la paralización, generalmente en épocas de cosecha, de las actividades portuarias así como el entorpecimiento del transporte terrestre podían llegar a afectar o, al menos, amenazar directamente el flujo exportador de carnes y cereales.

Los sectores gobernantes comenzaron a percibir el poder logrado por los anarquistas apenas despuntaba el siglo XX cuando se produjeron una serie de conflictos que se generalizaron en Rosario y en Buenos Aires en demanda de aumentos salariales, mejores condiciones de trabajo y disminución de la jornada laboral. En Rosario se produjo en 1901 una gran huelga en la empresa azucarera Refinería Argentina conducida por activistas libertarios a la que adhirieron el millar de obreros allí empleado. La magnitud de la protesta provocó una dura represión en la cual se produjo la primera víctima del movimiento obrero argentino.[8] El asesinato del obrero huelguista de la refinería provocó una magnífica demostración de solidaridad de clase y miles de trabajadores manifestaron su repudio en movilizaciones callejeras.

Por su parte, en Buenos Aires el generalizado malestar obrero por los bajos salarios y las malas condiciones laborales desembocaron en conflictos que se extendieron como un reguero de pólvora. La protesta fue especialmente significativa entre los carreros, los peones del Mercado de Frutos y los estibadores y desembocó en noviembre de 1902 (época de plena exportación de cereales y lana) en la primera huelga general realizada en nuestro país. El paro en el puerto de Buenos Aires fue total y se extendió a los de Bahía Blanca, Ingeniero White y del litoral fluvial (Rosario, Zárate, Campana, Rosario) por más de dos semanas.

8. El obrero polaco Cosme Budeslavich resultó muerto por un balazo del propio jefe de la policía rosarina.

EL ESTALLIDO DEL CONFLICTO SOCIAL

Estas protestas adquirieron las características de un conflicto de clases puesto que los trabajadores siguieron a sus líderes gremiales, orientados de manera decidida y entusiasta por los anarquistas, que si bien se mostraron dispuestos a negociar no se amedrentaron frente a las presiones patronales o policiales y trataron de impedir por la fuerza (con más éxitos que derrotas) la contratación de rompehuelgas. Por otro lado, las manifestaciones de solidaridad entre los trabajadores de diferentes gremios, apoyados por sus instituciones (sindicatos, centros culturales, prensa), se multiplicaron y ayudaron a sostener aquellos conflictos más prolongados.

Es interesante señalar que el estallido del conflicto social no sólo hizo plenamente visible la protesta obrera sino también la orientación del mismo por parte de los anarquistas. Su presencia se tornó inconfundible y los habitantes de las ciudades se acostumbraron a las innumerables y generalmente numerosas manifestaciones callejeras que se realizaban por demandas gremiales, la libertad de sus camaradas o conmemorando fechas de fuerte contenido simbólico como el Primero de Mayo. En esas movilizaciones los participantes portaban orgullosos sus estandartes, hacían flamear las banderas rojas y negras, entonaban sus fuertes consignas impugnando al sistema (policía, patrones, obispos y gobernantes) y cantaban sus himnos emblemáticos: "Hijo del pueblo, te oprimen cadenas,/ y esa injusticia no puede seguir/si tu existencia es un mundo de penas/antes que esclavo prefiere morir./ Esos burgueses, asaz egoístas,/ que así desprecian a la Humanidad,/ serán barridos por los anarquistas/ al santo grito de ¡libertad!".[9]

Frente a esta situación, los sectores empresarios reaccionaron rápidamente llamando a la unión patronal y reclamando la

9. "Himno de los trabajadores", *Almanaque de la Questione Sociale*, Buenos Aires, 1897.

intervención represiva del gobierno. El diario inglés *The Review of the River Plate,* vinculado a los intereses exportadores, señalaba el 15 de noviembre de 1902 que "la acción de la Federación Obrera ha colmado ya todas las medidas, y corresponde al gobierno intervenir y acabar con este vivero del anarquismo".[10]

La presión empresaria y la magnitud adquirida por la protesta llevaron al gobierno a lanzar una fuerte represión centrada en los dirigentes anarquistas quienes, sin duda, eran los líderes visibles del conflicto. Al efecto sancionó la Ley de Residencia (expulsión de extranjeros sospechosos de alterar el orden) y aplicó el estado de sitio que le permitió silenciar la prensa contestataria, cerrar los locales obreros así como encarcelar y expulsar a los dirigentes más notables del anarquismo. Por otro lado, el conflicto, que estaba evidenciando la plena emergencia de la cuestión social, llevó al Estado a ensayar los primeros pasos en materia de legislación laboral.

Esta situación de conflicto de los trabajadores con los empresarios y el Estado se mantuvo durante toda la primera década del siglo XX, por supuesto alternando con períodos de tranquilidad. Las causas de la protesta se relacionaban a reivindicaciones de tipo económico (aumentos salariales), mejoras laborales (condiciones de trabajo, jornada de ocho horas, descanso semanal), derechos sindicales (reconocimiento del derecho de agremiación, readmisión laboral) y la solidaridad propia del mundo del trabajo.

Como resultado de estas demandas se realizaron una infinidad de huelgas parciales, algunas de las cuales adquirieron una notable envergadura, siete huelgas generales (todas impulsadas por el anarquismo), la notable y masiva huelga de inquilinos de 1907, las movilizaciones del Primero de Mayo que fueron particularmente virulentas en 1904, 1905 y 1909. En efecto, durante el

10. Citado por Iaacov Oved, *El anarquismo y el movimiento obrero en Argentina,* Siglo Veintiuno, México, 1978, p. 252.

acto anarquista realizado para conmemorar el Primero de Mayo de 1905 el gobierno había prohibido el uso de la bandera roja; sin embargo los asistentes decidieron desafiar el veto y enarbolaron sus símbolos lo que provocó una dura represión con varias víctimas. Nuevamente en 1909 durante la conmemoración realizada en la Plaza Lorea de la Capital Federal la represión policial provocó varios muertos y como repudio se declaró una huelga general, apoyada por todas las tendencias del movimiento obrero. El paro duró una semana y se convirtió en una formidable demostración de solidaridad obrera. Sin embargo los anarquistas no obtuvieron su máxima aspiración que era la destitución del responsable de la matanza, el jefe de policía coronel Ramón Falcón. Pocos meses después el joven anarquista ruso Simón Radowitzky hizo justicia por mano propia asesinando al jefe de policía y provocando una profunda conmoción entre los grupos dominantes.

En todo este proceso el anarquismo mantendría su influencia sobre el movimiento obrero pues logró movilizar y representar a un importante sector de los trabajadores urbanos (cocheros, conductores de carros, marineros, estibadores portuarios, foguistas, yeseros, panaderos, mecánicos, peones). Pero es importante señalar que la propuesta libertaria no se detenía en las conquistas reivindicativas y avanzaba hacia el logro de una transformación cualitativa de la sociedad. El combate sindical era sólo un pretexto para "despertar las conciencias dormidas" de los obreros. Al margen de cuanto hayan prosperado en ese sentido, el verdadero objetivo del anarquismo era transformar el mundo capitalista para construir una sociedad más justa y equitativa a través de un cambio cultural que convirtiera al hombre en un individuo liberado de las trabas y prejuicios impuestos por la educación religiosa y patriótica. En esta transformación la propaganda y la difusión de las ideas libertarias empujada desde las escuelas alternativas y los círculos culturales era una tarea primordial.

LOS OPRIMIDOS

El anarquismo forma parte de la tradición política radical que desde la Revolución Francesa adjudicaría importancia a la ideología como premisa y justificación de su acción. Aunque integraba el campo de la izquierda, manifestaba hondas divergencias con las tendencias marxistas y socialistas pues se oponía frontalmente a la centralización partidaria y a la homogeneización doctrinaria.

El movimiento libertario era un complejo y desordenado mosaico sin dirección formal en el cual convivían, no siempre armoniosamente, una infinita cantidad de tendencias que sólo tenían en común la negación de la autoridad (el Estado), la religión, la patria y la política parlamentaria. Debían organizar, entonces, la propaganda desde concepciones espontaneistas e individualistas y tratar de conciliar dos principios casi opuestos como la creación de instrumentos asociativos eficaces y el respeto por la libertad de elección individual de los adherentes.

Por lo tanto, encararon la propaganda de sus ideas con la desventaja que suponía editar periódicos y organizar a los individuos con nociones profundamente individualistas y circulando por un sendero en el que, en reiteradas ocasiones, se superponían los esfuerzos, se enfrentaban concepciones tácticas y se interpretaban de modo diferente las cuestiones doctrinarias.

Sin embargo, al margen de esas disonancias, todos los anarquistas compartieron las ideas de transformación de la sociedad mediante una activa propaganda que pretendía penetrar un sistema de creencias profundamente arraigado en el sentido común de los individuos. En este sentido, la propaganda libertaria no estaba dirigida sólo a los trabajadores sino al conjunto mayoritario de la humanidad que sufría algún tipo de explotación, esto es a los oprimidos.

Hasta hace poco tiempo existía consenso en torno a la interpretación historiográfica que vinculaba automáticamente al

anarquismo con el movimiento obrero y la clase trabajadora. Esta apreciación se basaba en buena medida en la propia acción libertaria dirigida centralmente a los obreros y en la observación de los contemporáneos. Pero el anarquismo, a diferencia del marxismo, trascendía el discurso clasista. Su mensaje era universalista y no clasista aunque en la práctica estimulara la lucha de clases pues apelaba centralmente a la rebelión de los trabajadores, en tanto eran estos los sectores más explotados de la sociedad. La oposición al clasismo se fundamentaba en que su posible triunfo desembocaría en el autoritarismo y la violación de la libertad individual. Es indudable que la concepción anticlasista estaba en la base de la doctrina libertaria, sin embargo sus prácticas políticas y sociales al estar orientadas específicamente a los trabajadores provocaron tensiones sobre una producción discursiva que, a veces, se tornaba ambigua y hasta contradictoria, provocando fuertes debates internos y problemas para orientar al movimiento obrero.

No obstante, esta ampliación del marco de interpelación debe haber sido un motivo de atracción y una de las causas del arraigo del anarquismo en las masas. Por otro lado la amplitud doctrinaria le permitía, a diferencia del Partido Socialista, albergar en su seno una amplia variedad de tendencias y opiniones sin estar encorsetadas en los marcos de la organización partidaria. Sin duda, esta amplitud se vinculaba con la heterodoxia clasista sustentada por el movimiento libertario. A diferencia del marxismo, su doctrina era vagamente anticlasista y negadora de la conciencia de clase pues sustentaba su tesis de participación política en la voluntad de cada individuo. Además tenía rasgos populistas en tanto aspiraba a unir a todos los sectores sociales para liberarlos de la explotación económica. La defensa y el rescate del conjunto de los oprimidos fue un tema recurrente del discurso y la literatura anarquista. Alberto Ghiraldo, tal vez el dirigente libertario argentino más importante, expresa bien esa veta populista:

"¡Conmigo los hambrientos y los tristes! / ¡conmigo los hambrientos y desnudos! / ¡conmigo madres locas porque vieron / padecer a los hijos, infortunios!

¡Conmigo niños pálidos y enclenques / cuya sangre absorbieron los ventrudos! / ¡conmigo la canalla macilenta / que ruge en la caverna del suburbio!

¡Conmigo prostitutas y ladrones! / ¡conmigo los leprosos y los sucios / conmigo los que oran y se arrastran / todos los alejados del mendrugo!

Los que cruzan ciudades y llanuras / de rabia devorándose los puños / y amontonando hiel para las nuevas / generaciones de hombres cejisjuntos,

conmigo sí ¡oh! Eternos despojados / para erguirse delante del verdugo: / rebeldes a su voz seremos hierros, / hierro y acero para ser más duros.

Yo soy el trovador de la miseria, / ¡pueblo! Y esta voz que sobre el mundo / como una rebelión suena rugiente / es tu voz; es la voz de tu tugurio.

Luz y dolor, que se alza hasta las nubes / como el grito de todos tus vesubios / convocando a la lucha redentora / contra todos los bárbaros del mundo."[11]

La paradoja del anarquismo radicó en que sus mejores logros los obtuvo en su relación con la clase trabajadora y en la organización del movimiento obrero, pues las prácticas sociales del anarquismo se daban en el marco de un conflicto en donde primaba el enfrentamiento de clases y ellos mismos alentaban constantemente la lucha de los trabajadores contra los empresarios y el Estado y, consecuentemente, incentivaban la lucha de clases sin

11. Alberto Ghiraldo, Clarín, en *La Agitación,* Bahía Blanca, 1 de diciembre de 1901.

ser clasistas.[12] En realidad no lo eran ni podían serlo porque su interpretación de la organización económica y social del capitalismo era de una naturaleza diferente a la del marxismo.

En efecto, la doctrina libertaria suponía que la constitución del sujeto social se basaba en las formas de opresión y no en las relaciones con los medios de producción. Esto los ubicaba en una dimensión moralista y universalista que los llevaba a negar la perspectiva de clases. En la base del pensamiento libertario se arraigaba de manera profunda la idea de libertad, cuyo objeto central era hacer feliz al individuo en tanto era un derecho natural. La interpretación no clasista reforzaba la idea de prestar menor atención al análisis crítico de la economía capitalista y privilegiar en cambio su condena moral.

De esta forma se elaboró un esquema de conflicto más flexible y general que el marxista, ya que la causa de la división social no era tanto un tema del régimen de propiedad y salarios como de la enorme distancia cultural entre los sectores sociales. Esta distancia era cada vez mayor y se debía a que un solo actor social poseía los saberes culturales. Este problema excedía la contradicción establecida por el marxismo entre clase burguesa y clase obrera para establecer una antinomia más amplia entre pobres y ricos, explotados y explotadores, desheredados y privilegiados o pueblo y burguesía. La introducción de un fundamento ético cultural entre los factores de opresión ampliaba el grupo de los explotados y determinaba que la superación de esa cuestión no pasaba por la lucha de clases sino por la ilustración de los oprimidos.[13]

12. Su discurso y su acción siempre estuvieron tensionados por esta contradicción que alcanzaría su mayor expresión cuando la influencia de la Revolución Rusa generó grupos anarcobolcheviques que adherían a la lucha de clases (Véase Capítulo IV).
13. Esta forma de interpretar la organización y el conflicto social fue predominante en el movimiento anarquista de Argentina y seguía los lineamientos del teórico ruso Pedro Kropotkin.

La falta de una visión clasista le dio al anarquismo la aspiración de representatividad universal de los desposeídos reivindicando la defensa del hombre desarraigado. Esta interpretación ética y cultural privilegiaba en sus análisis los componentes educacionales, culturales y morales frente a las caracterizaciones socioeconómicas. Así, los hombres no eran diferentes entre sí por el lugar ocupado en la sociedad sino por los ideales que profesaban y, desde este punto de vista, las clases sociales eran más una abstracción del pensamiento que una realidad concreta. El hombre era ante todo individuo y ésta era una condición de mayor relevancia que la pertenencia a una clase social y al asumir los ideales libertarios debía adoptar el universalismo libertario y no el particularismo de la clase. Si bien su discurso no llegaba a negar de manera absoluta la existencia de la clase, la relegaba a un segundo plano.

Por eso el proyecto cultural era la base desde la cual habría que transformar y educar al individuo para alcanzar una sociedad libre. Esta ardua empresa no podía realizarse sólo con la lucha contra los factores de poder como las huelgas y las movilizaciones que, en última instancia, constituían una herramienta táctica para acercar a los desposeídos al ideal libertario. La herramienta más importante a largo plazo era la difusión de las ideas a través de la propuesta pedagógica alternativa y de la acción de los círculos destinados a liberar a los individuos de los prejuicios y trabas impuestos por la educación religiosa y patriótica.

CAPÍTULO DOS
EL PROYECTO CULTURAL ALTERNATIVO

LA EDUCACIÓN RACIONAL

La educación y las actividades culturales eran consideradas por el anarquismo como cuestiones fundamentales para que los individuos alcanzaran una conciencia liberadora. En primer lugar debían contrarrestar el monopolio educativo y cultural ejercido por las instituciones dominantes, sean ellas estatales o confesionales y, en este sentido, intentaron con mucho esfuerzo poner en marcha un proyecto educativo alternativo al oficial que no alcanzó a cumplir con las expectativas depositadas en él.

Cuestionaban el monopolio estatal de la enseñanza por dos razones centrales: en principio porque el Estado reproducía en la escuela las desigualdades sociales con el objeto de preservar los privilegios de los grupos dominantes y para garantizar su propia reproducción social. Desde otro costado impugnaban la enseñanza estatal por inculcar y difundir la educación patriótica y nacionalista en contra de la existencia de una sociedad sin fronteras.

Los anarquistas confiaban de manera absoluta en la capacidad de la razón y en el papel de la ciencia para transformar la sociedad y eliminar la ignorancia que, a su juicio, contribuía a agudizar la miseria popular. Estas ideas no eran obviamente patrimonio del anarquismo y circulaban profusamente en todo el ámbito educativo. La diferencia radicaba en el énfasis puesto en el racionalismo al que le adjudicaban poderes excepcionales. Partieron, entonces,

de esta adhesión casi religiosa a la concepción racionalista con la convicción de que mediante la educación, el hombre podía y debía tomar conciencia de sus potencialidades adormecidas por la explotación económica y la acción religiosa. La educación racional se convertía en una herramienta esencial para mejorar y cambiar al hombre y prepararlo para una nueva y más justa sociedad futura.

En efecto, la educación alternativa buscaba operar sobre los sectores populares para convertirlos en seres pensantes y modelar su identidad, tratando de neutralizar las "deformaciones" inculcadas por la escuela oficial y por el propio sentido común popular. Paralelamente, consideraban la instrucción como una buena herramienta modeladora de la misma vanguardia y una contribución a la formación del militante que debía ser instruido y estar capacitado para dirigirse de manera eficaz y racional a los trabajadores para poder incorporarlos a la causa revolucionaria: "Un compañero instruido –sostenía un periódico libertario– hará mucho, pero mucho más por la propaganda que otro sin instrucción; las ideas, las opiniones vertidas por una persona instruida, tienen más fuerza moral, producen mayor impacto en nuestro ánimo, mucho más en el de un inconsciente, que la palabra torpe y pesada de quien a duras penas pueda hilvanar sus ideas con palabras que, muchas veces, significan lo contrario de lo que quiere decir".[14]

El anarquismo se entusiasmó con la escuela alternativa influenciado por el modelo impuesto con cierto éxito por el educador catalán Francisco Ferrer en España pero no se tuvieron en cuenta las grandes diferencias existentes entre ambos países. En la península ibérica el índice de analfabetismo era excepcionalmente elevado y la educación estaba en buena medida en manos de la Iglesia ofreciendo estas características un amplio espacio para los educadores libertarios. Argentina, en cambio, presentaba un

14. *El Rebelde*, 27 de julio de 1901.

panorama diametralmente opuesto pues el analfabetismo era muy bajo y la presencia de una educación pública eficiente cubría casi todo el país y los diferentes sectores sociales.

No obstante los anarquistas se lanzaron a poner en marcha el proyecto educativo enfrentando enormes dificultades para llevarlo adelante. Las experiencias que lograron concretarse fueron escasas y poco estimulantes. En 1899 se creó la Escuela Libertaria de los Corrales (actualmente Mataderos en la ciudad de Buenos Aires) que funcionó dos años y no alcanzó a superar los 100 alumnos. En 1905 los grupos libertarios más importantes, con el apoyo de la FORA y de *La Protesta*, crearon el Comité de Escuelas Libres que elaboró un ambicioso plan de expansión educativa barrial encargado de crear escuelas en distintos lugares de Buenos Aires con la intención de competir con el Consejo Escolar del Ministerio de Educación. Tras varios meses de trabajo el Comité se disolvió sin lograr su cometido.

No obstante durante el lustro siguiente se realizaron las experiencias más interesantes. En 1906 se puso en marcha la Escuela Laica de Lanús que dirigió un tiempo Julio Barcos, el más prestigioso de los educadores anarquistas locales. Fue también el responsable de la creación de varias Escuelas Modernas (Villa Crespo, Centro, Luján).[15] Todas estas experiencias funcionaron con enormes dificultades, no superaron el medio millar de alumnos y fueron desapareciendo entre 1909 y 1910 cuando se desató la represión posterior al asesinato del jefe de policía Ramón L. Falcón y el Centenario.

Sin embargo, debe recalcarse que la represión no fue la principal culpable del fracaso educativo alternativo sino la ausen-

15. Julio Barcos fue también el creador en 1912 de un ambicioso proyecto pedagógico como la Liga de Educación Racionalista que si bien no alcanzó a crear escuelas sólidas, publicó periódicos y material especializado que sirvió a la formación de una importante cantidad de docentes.

cia de una verdadera demanda social debido a la fuerte presencia de la escuela pública que ocupó con eficacia los espacios vacíos y operó eficientemente sobre los sectores populares. Más allá de sus limitaciones, el aparato educador estatal alcanzó a cumplir con las necesidades básicas de un proceso alfabetizador y disciplinador que se articuló en torno al lema de educación universal, gratuita y obligatoria. No hay dudas que este proceso anuló y neutralizó el atractivo que pudiera llegar a tener la pedagogía libertaria y la condujo hacia el fracaso.

Pero además, la escuela pública ofrecía una infraestructura que los anarquistas no podían igualar ni remotamente. No sólo buenos edificios sino también un ejército de docentes. La experiencia libertaria careció de la infraestructura adecuada: pocas aulas, hacinamiento de alumnos, falta de maestros y de material pedagógico. Parece claro que esta oferta no debía resultar atractiva para los hijos de los trabajadores que, por otro lado, veían en la escuela un factor de integración a la sociedad de recepción y, peor aun, tampoco debía estimular a los propios activistas anarquistas pues fueron pocos los que enviaron a sus hijos a las escuelas libertarias. En realidad esta desconfianza de las fuerzas propias desnudó la falta de apoyo de buena parte del movimiento anarquista al proyecto pedagógico, privilegiando la lucha en el más grato frente gremial.

LOS CÍRCULOS LIBERTARIOS

Los círculos libertarios constituían el otro aspecto central del proyecto cultural. También denominados centros de estudios, eran los ámbitos asociativos en donde debía producirse el adoctrinamiento de los simpatizantes (y futuros activistas) así como de sus familias. Los concurrentes debían satisfacer allí las necesidades de la vida social, alejados de influencias consideradas perniciosas

como el café, el bar, el circo y otros lugares públicos similares. En el interior del círculo debía brindarse a los asistentes los elementos de bienestar que comprendían desde una "sana" actividad lúdica hasta los rudimentos básicos de la doctrina libertaria a través de cursos, conferencias y la sala de lectura. Pretendía, entonces, constituirse en un espacio libertario en donde se procesaba la cultura trabajadora a partir del intercambio de las experiencias individuales que se transformaban en colectivas y ayudaban a perfilar una identidad común.

Los nombres de los círculos permiten percibir rasgos concretos del universo simbólico libertario que remiten a su propia cosmovisión de la sociedad. Allí aparecen sus certezas y sus creencias así como sus valores y sus convicciones sobre la esperanza de un cambio radical en el mundo. La nómina representa un símbolo importante (como las banderas y las pancartas) y le brindaban una visibilidad concreta que contribuía a dotarlas de una identidad precisa. Esta identificación era necesaria en una sociedad cosmopolita, enmarañada y compleja en la que sus propuestas debían enfrentarse y competir con las influencias de una multitud de mensajes emitidos desde las diferentes instituciones (estatales, étnicas, eclesiásticas, nativistas) sobre los trabajadores y tratando de operar sobre su identidad.

Así, los nombres de los círculos remiten al mundo del trabajo (*El Grito del Obrero, Il proletario, Amigos del Trabajador*); a los explotados (*Los Desheredados, Hijos del Pueblo, Los Atorrantes, Los Hambrientos, El Colmo de La Miseria*); a la rebelión (*La Lucha, Volcán social, La expropiación, Agitación, La Protesta, La Conquista del Ideal, La Conquista del Pan*); al rechazo violento de la sociedad burguesa (*La revancha, La venganza, Los dinamiteros, Emulos de Ravachol, Bomba Pallás, Destruir es Edificar, Destruir es Crear*); a representaciones simbólicas de la naturaleza y la bondad humana (*El Sol, La Aurora, Luz y Vida, Fulgor, Libertad y Amor, Natura,*

Salud y Fuerza, Amor Libre); a la ciencia como liberadora (*Labor y Ciencia, Luz y Progreso, Ciencia y Progreso, Evolución*); a la libertad, la igualdad y la justicia (*Igualdad y Fraternidad, Solidaridad, Libertad, Justicia*); a sus principios antirreligiosos y antipatrióticos (*Sin Dios ni Patria, Ne Dio ne Patrone*); a los grandes maestros (*Carlo Caffiero, Eliseo Reclús, Ibsen, Emilio Zola, Francisco Ferrer*).

Aunque se conoce la existencia en Buenos Aires de círculos en la década de 1870, los primeros que adquirieron significación fueron el *Círculo Comunista Anárquico* y el *Centro de Estudios Sociales* creados por Ettore Mattei y Errico Malatesta, respectivamente, a mediados de la década de 1880. Poco después apareció un círculo muy activo, *Los Desheredados*, que en 1890 editó el importante periódico *El Perseguido*. Fue recién al finalizar el siglo XIX que estas instituciones libertarias comenzaron a generalizarse y adquirir una presencia cada vez mayor en los ámbitos urbanos. El más emblemático de estos primeros años, *Los Acratas*, se creó en 1897 en el barrio obrero de Barracas desarrollando una prolífica actividad que comprendía la creación de una biblioteca, el dictado de conferencias y la edición de folletos. En uno de ellos establecían con claridad la finalidad del círculo: instruir a los trabajadores para que pudieran superar "la miseria y la ignorancia, haciendo pedazos los sistemas y las creencias que sofocan nuestra existencia".[16]

Al comenzar el siglo XX ya funcionaban en Buenos Aires alrededor de veinte círculos concentrados en barrios obreros y una librería anarquista (*Librería Sociológica*) que comenzaban a entretejer una significativa trama destinada a brindar una alternativa social, política y cultural a los trabajadores.

La experiencia más importante desarrollada entre 1899 y 1902 fue la *Casa del Pueblo* cuyo objetivo era centralizar las actividades

16. *Capacidad revolucionaria de la clase obrera*, Biblioteca del Grupo Los Acratas, Buenos Aires, 1897.

anarquistas. Poseían dos amplios salones; en uno funcionaban varios grupos de teatro libertario, se dictaban conferencias y cursos, se redactaban periódicos y funcionaba un consultorio médico jurídico; en el otro se instalaron una biblioteca popular, una escuela y una amplia sala de reunión de los diversos grupos anarquistas que no tenían local propio. La *Casa del Pueblo* tuvo un fuerte valor simbólico pues intentó demostrar la capacidad anarquista para organizar una alternativa centralizada para los trabajadores. Sin embargo, como ocurría con frecuencia, los problemas financieros y las constantes pujas internas llevaron al fin de esta interesante experiencia popular.

Con el desarrollo de los círculos y las sociedades de resistencia el movimiento anarquista estaba adquiriendo una estructura organizativa importante y en este momento ya tenía claridad que su mensaje debía dirigirse principalmente a los obreros, abandonando la actitud endogámica que lo había caracterizado hasta aquí. Desde este punto de vista, los objetivos del *Círculo Internacional de Estudios Sociales* expresa bien el carácter de estas instituciones en estos años: 1) Preparar al proletariado para la emancipación y la solidaridad moral e intelectual; 2) Propagar entre el proletariado los principios emanados de la ciencia económica moderna; 3) Propender a la fundación de una biblioteca, salón de conferencias, escuela libertaria para niños, facilitando la instrucción de los trabajadores y sus hijos; 4) Ofrecer los servicios a las sociedades obreras para toda clase de actos de propaganda sociológica y societaria; 5) Celebrar periódicamente sesiones de propaganda y de controversia a fin de estudiar con fundamento los males sociales y sus probables causas.[17]

El auge de los círculos se produjo entre 1902 y 1910 y cubrió un arco geográfico realmente importante. Lógicamente la ciu-

17. *La Protesta Humana*, 20 de abril de 1901.

dad de Buenos Aires concentraba la mayor cantidad, distribuidos principalmente en el Centro, Barracas, La Boca y San Telmo, pero también eran importantes en los barrios de Almagro, Once, San Cristóbal, Parque Patricios y Villa Crespo. Por otro lado, se ha detectado actividad en las nuevas poblaciones del Gran Buenos Aires (Avellaneda, San Martín, San Fernando, Victoria, Quilmes, Lanús, Adrogué, Banfield y Lomas de Zamora). Rosario era la segunda ciudad en importancia y funcionaban allí más de una decena de grupos que hacían sentir su influencia hacia ciudades del corredor fluvial del río Paraná (Campana, Zárate, Baradero, San Pedro, San Nicolás). Al margen de las ciudades de Buenos Aires y Rosario, hubo otros dos centros urbanos desde donde se expandieron las actividades de los grupos anarquistas: de Santa Fe se irradió el activismo hacia Rafaela, Cañada de Gómez, San Justo, Colastiné y Esperanza; de La Plata hacia Berisso, Ensenada y Tolosa. Por otro lado es interesante señalar la activa presencia de grupos libertarios en ciudades portuarias como Ingeniero White y Bahía Blanca o en centros urbanos vinculados al agro pampeano (Bolívar, Chascomús, Juárez, Colón, Chacabuco, Pergamino, Junín, Salto, Tandil y Mar del Plata).

Desarrollaron una intensa pero irregular actividad pues mientras la vida de algunos centros era excepcionalmente breve, otros funcionaban algunos meses y desaparecían. En cambio un conjunto de círculos no sólo tuvo una vida prolongada sino que se destacó por la amplitud y variedad de la oferta propagandística: conferencias, reuniones, veladas, fiestas e innumerables actividades solidarias destinadas al sustento de periódicos, escuelas y bibliotecas.

Las veladas culturales eran la actividad principal de los círculos e intentaban desempeñar un papel central en la orientación del uso del tiempo libre de los trabajadores. Buscaban evitar que concurrieran a lugares considerados poco edificantes: "Las diversiones –sostenía un periódico libertario– tienen una gran importancia y

si los individuos que tienen espíritu de iniciativa se preocuparan de organizarlas, harían una gran cosa, porque sacarían mucha gente de los cafés, de los prostíbulos, de los despachos de bebidas, al propio tiempo que librarían a muchos del aburrimiento."[18]

La prédica libertaria a favor de costumbres sanas se acercaba, paradójicamente, a las recomendaciones de austeridad y templanza impulsadas por católicos sociales y reformadores liberales. Estas ideas se plasmaban en los manuales de economía doméstica para hogares obreros que circulaban profusamente por Buenos Aires. Sin embargo los objetivos que pretendían alcanzar eran absolutamente diferentes. Mientras la acción de los reformadores y católicos sociales a través de los manuales pensaban en trabajadores disciplinados y sanos para integrarse al capitalismo, los anarquistas inculcaban estas conductas para emanciparlos. Tanto para integrar como para emancipar se necesitaban trabajadores austeros y de conducta ejemplar. Entonces, los anarquistas buscaban alejar a los individuos de ámbitos malsanos y generar un espacio ideal alejado de las perversiones del mundo. Por eso reforzaban el carácter familiar de la fiesta libertaria e incentivaban la participación de niños y mujeres, integrándolos a la oferta de actividades brindada por los círculos.

LA FIESTA ANARQUISTA

Es obvio que la fiesta no debía ser sólo un acto para pasar un momento agradable. Cumplía otras funciones más importantes: en primer lugar tenía un sentido solidario pues cada fiesta se llevaba a cabo en beneficio de miembros o instituciones (escuelas, sindicatos, periódicos) del movimiento anarquista; también era un ámbito para consolidar conciencias y ganar adeptos para la eman-

18. *La Protesta*, 20 de febrero de 1909.

cipación social. Por último, constituía una operación para reafirmar simbólicamente una cultura trabajadora (el nosotros) ejemplar y diferente a la cultura de los sectores dominantes (el otro).

Pero no apuntaba sólo a separarse de la cultura de elite sino también a poner distancia con las manifestaciones de la cultura popular consideradas retrógradas como el carnaval. Odiaban al carnaval por considerarlo irracional y carente de sentido a la vez que desde un costado ético y puritano se lo impugnaba por pecaminoso pues la celebración atraía todas las lacras sociales (lujuria, prostitución, alcoholismo, banalidad, ignorancia) contribuyendo a impedir la racionalización de las conductas y a dilapidar las energías revolucionarias.

Aunque intentaron organizar contrafiestas, los anarquistas poco y nada pudieron hacer para impedir el normal desarrollo del carnaval. En todo caso se evidenció con claridad la enorme distancia que existía entre la concepción cultural anarquista y los gustos populares. Ese desencuentro se produjo no sólo con el carnaval: algo similar ocurrió con la masiva adhesión al circo, al sainete, la lucha, las manifestaciones criollistas y, un poco más tarde, el fútbol.

La fiesta anarquista pretendía convertirse en un modelo alternativo tanto a la cultura popular como a la oferta de la elite, y aunque tenía componentes de ambas, parecía estar más cerca de la cultura letrada de donde tomaba sus modelos que eran resignificados de acuerdo a la doctrina anarquista. Sus difusores culturales eran en menor medida obreros que intelectuales y publicistas que habían optado por un desclasamiento voluntario. En este intento por dotar de una cultura alternativa a los trabajadores, el anarquismo tomó mayoritariamente elementos de la cultura letrada aunque los dotó de un sentido contestatario.

Así, la fiesta o velada libertaria con sus diversas manifestaciones (el canto, las conferencias, las representaciones teatrales, las declamaciones poéticas y el baile familiar) era el ámbito de pro-

cesamiento de la cultura anarquista y pretendía erigirse en un modelo para los trabajadores y alejarlos de las manifestaciones de la cultura popular consideradas contraproducentes. Las fiestas se realizaban los fines de semana en locales propios o teatros alquilados y eran tan largas que a veces resultaban agotadoras. El esquema era casi similar para todas: comenzaba con la entonación de himnos revolucionarios, y luego se presentaban números de canto coral, declamación de poesías, se dictaban varias conferencias intercaladas, a veces se imponía un baile y finalizaba con la representación de una obra teatral.[19] La obra siempre reproducía un contenido de carácter binario de las relaciones sociales: por un lado estaba el pueblo sufriente y explotado representando el costado positivo de la humanidad y, por otro, los factores de poder (curas, patrones, militares) encarnando la maldad.

A través de todas las actividades de los círculos, los anarquistas construyeron, o intentaron construir, un espacio cultural alternativo que debía crear y recrear actividades para el tiempo libre de los trabajadores a la vez que consustanciarlos con la doctrina libertaria. Pero ese espacio no creció como pretendían sus impulsores. La mayoría de los trabajadores que seguían a los anarquistas en huelgas y movilizaciones callejeras no hicieron lo mismo con la propuesta cultural alternativa. Esto es, no dieron el paso nece-

19. Sólo a modo de ejemplo se introduce el programa de una función realizada en 1905 y patrocinada por *La Protesta*: "1. Himno Hijos del Pueblo por el Orfeón Libertario/ 2. El drama en un acto y en prosa **Los Mártires**/ 3. Conferencia por el compañero Francisco Jaquet/ 4. Himno de los Trabajadores/ 5. El drama en un acto y en prosa de Palmiro de Lidia, titulado: **Fin de Fiesta**/ 6. El compañero Diaz, recitará unos sonetos escritos por el poeta libertario Jorge San Clemente/ 7. El nuevo Himno Germinal/ 8. La Marsellesa/ 9. El gracioso juguete cómico en un acto de Eduardo Zamora y Caballero titulado: **Don Ramón**/ 10. El compañero Reberte cantará los nuevos couplets "Panfleto Lila" con música de chiottis/ 11. El diálogo cómico en un acto titulado: **También la gente de pueblo**"
La Protesta, 15 de septiembre de 1905.

sario para pasar de la acción reivindicativa al compromiso militante y a la adhesión al cambio revolucionario.

Fueron varios los factores que impidieron la radicalización obrera pretendida por los anarquistas. Por un lado, hay que destacar las características peculiares de una sociedad urbana aluvional como era el caso de Buenos Aires o Rosario donde la inestabilidad y la movilidad erosionaban la conformación de un sujeto social con caracteres definidos. La permeabilidad social, ascendente y descendente, debilitó las fronteras entre los diversos sectores sociales y, sumada al débil peso de la industria, complicaron la formación de una identidad común obrera y la posibilidad de éxito de un proyecto alternativo.

Por otro lado, debe prestarse atención al propio bagaje cultural fragmentado de un mundo de trabajadores tan cosmopolita. En efecto, se mezclaban migrantes provenientes de diversos lugares del mundo y del interior del país, con costumbres, experiencias y tradiciones previas muy diferentes. Sin embargo todos compartían ciertos hábitos de sociabilidad común relacionados al bar y la bebida, a los bailes populares, al circo, el teatro popular y el carnaval. Los trabajadores parecían préferir la diversión meramente pasatista a la fiesta ofrecida por el círculo anarquista, constreñida dentro de la rígida ética doctrinaria y siempre cargada de dramatismo y densidad emotiva. Por eso tenían más éxito los picnics y giras campestres organizadas por los militantes libertarios. El espacio abierto donde se realizaban (Palermo, las Islas Maciel y Paulino, las costas del Paraná y el Río de la Plata) otorgaba mayor libertad de movimiento a los concurrentes. Si bien también aquí se repetía el esquema básico de la velada (canto de himnos, conferencias, representación teatral), se alternaba con bailes, almuerzos, diversos juegos y, seguramente, algunos participantes podían beber subrepticiamente. No hay dudas de que las reuniones al aire libre combinaban de manera más equilibrada adoctrinamiento y ocio.

Además, la posibilidad de desarrollar un proyecto cultural alternativo chocaba con el notable crecimiento desde comienzos del siglo XX de la industria cultural comercial. Al circo, el teatro y los espectáculos de lucha se agregaron el cine y el fútbol que comenzaban a convertirse en un entretenimiento irresistible para los sectores populares. El bajo valor del precio de las localidades convertía a estos entretenimientos en espectáculos al alcance de una amplia franja de la población. En este sentido las cifras aportadas por el censo de la ciudad de Buenos Aires era contundente pues indicaba que entre 1900 y 1909 los asistentes a diversos espectáculos se multiplicaron por ocho en ese lapso de tiempo y en 1909 sumaron ocho millones. Aunque las cifras no discriminan por sectores sociales, no hay dudas de que una parte importante de esa cifra debía estar compuesta por trabajadores, al menos por aquellos mejor ubicados en el mundo del trabajo quienes, alentados por el descanso dominical impuesto hacía poco, debían asistir al menos de vez en cuando a algún espectáculo.

La industria cultural sedujo ampliamente al público popular en detrimento de la construcción de un proyecto alternativo. Y esta seducción se basaba en que su único objetivo consistía en divertir, distraer y hacer pasar un rato agradable al trabajador que pretendía distraerse de los problemas cotidianos del mundo del trabajo. No hay dudas de que una parte importante de los trabajadores adhirieron a huelgas y manifestaciones de protesta cuando estas apuntaron a satisfacer sus reivindicaciones, pero en el momento de dirimir cómo pasar un rato de ocio no optaron por la oferta de los anarquistas donde el ocio y el tiempo libre eran entendidos como tiempo productivo y comprometido ideológicamente sino por la opción más pasatista que iba desde el bar hasta la oferta de la industria cultural.

CAPÍTULO TRES
EL DECLIVE

El anarquismo tuvo la gran virtud de representar y defender a los desposeídos así como de poner en locución la cuestión social, y aunque no logró el ansiado cambio social, se convirtió en un actor político sustancial del mundo del trabajo cuyo contundente accionar incomodó a los grupos dominantes. Esta presencia era un gran problema para quienes tenían la convicción de que no había límites para el crecimiento de Argentina y que la pobreza no era un mal inherente del país sino importado por la inmigración como era importada la actividad "disolvente" anarquista.

Los sectores dominantes vieron en la celebración del Centenario de la Revolución de Mayo una oportunidad de legitimación como grupo social al mostrarse al mundo como los propulsores de una verdadera potencia exportadora que estaba a la par de cualquier país europeo desarrollado. La conmemoración debía realizarse con todo el lujo y la pompa que merecía uno de los grandes exportadores del mundo capitalista, y para ello se gastaron fortunas para engalanar lujosamente la ciudad de Buenos Aires e invitar a numerosas personalidades de la cultura y jefes de Estado.

Pero sentían que la fiesta podía llegar a empañarse por la activa presencia libertaria, por lo que debían eliminarse esos escollos. En efecto, la larga huelga general de mayo de 1909, el asesinato del coronel Falcón, la multitudinaria movilización convocada por las organizaciones libertarias exigiendo la libertad de los presos

sociales en enero de 1910 y los rumores, nunca confirmados, de que los anarquistas declararían la huelga general y cometerían actos de sabotaje durante los festejos del Centenario, fueron los argumentos que necesitaba el gobierno presidido por José Figueroa Alcorta para lanzar una durísima represión sobre el movimiento anarquista. Al decretar el estado de sitio preventivamente se amordazó e inmovilizó todo el campo de la izquierda pues se clausuraron periódicos y locales de reunión (incluidos los socialistas). Pero el golpe más duro fue asestado a los anarquistas cuyos activistas fueron detenidos por centenares y muchos expulsados del país. En junio de ese año se sancionó la ley de Defensa Social que le permitió al gobierno anular el derecho de reunión en casos excepcionales y aplicar el extrañamiento interno para dirigentes nativos. Así el anarquismo se vio impedido de reunirse, de usar sus símbolos y de numerosos dirigentes que fueron enviados al penal de Tierra del Fuego.

La firmeza y los alcances de la represión eran novedosos y tomó desprevenidos a los libertarios, pero más novedosa (y grave) aun era la participación de grupos de civiles con banderas argentinas y en nombre de la patria en la persecución de activistas anarquistas, socialistas y extranjeros considerados "sospechosos". Estos grupos nacionalistas se dedicaron a atacar los locales obreros, destruir sus bibliotecas, incendiar las redacciones, empastelar las rotativas de los diarios *La Vanguardia*, *La Protesta*, entre otros, y destruir negocios en el barrio judío de Once. Si esto era un antecedente peligroso, las declaraciones del ministro del Interior, José Gálvez, defendiendo la participación de civiles en la represión era aun más grave pues dotaba a la intervención civil de legitimidad gubernamental.

Da la impresión de que la magnitud de la represión no se correspondía con la envergadura real del movimiento anarquista y, a diferencia de lo ocurrido durante la aplicación de los estados de sitio anteriores, en esta ocasión su larga efectivización dañó seria-

mente la pervivencia de sus instituciones y la continuidad de las actividades. Un año después del Centenario *La Protesta* seguía clausurada, sus grupos desarticulados y sus manifestaciones públicas prohibidas. De esta forma el movimiento libertario se hundió por un prolongado período en un estado de confusión pues se desarticularon sus puntos de encuentro con los trabajadores y desaparecieron las redes de sociabilidad tejidas por las diversas instituciones (círculos, prensa, gremios). Además, una parte sustancial de sus dirigentes más importantes (Alberto Ghiraldo, Eduardo Gilimón) debió alejarse temporal o definitivamente de la actividad política, y la mayoría de los dirigentes intermedios (los verdaderos impulsores de las instituciones libertarias) se hallaba en prisión o había sido expulsada del país.

El anarquismo argentino ingresó a partir de 1910 en un período de declive para convertirse después de 1930 sólo en una sombra de lo que había sido. Esta decadencia no se detuvo ni siquiera durante los sucesos de la Semana Trágica de 1919 cuando pareció volver fugazmente al primer plano. Desgarrado por múltiples luchas intestinas, por los duros embates represivos y afectado por ciertos cambios coyunturales y estructurales de la sociedad argentina, el movimiento libertario fue desplazado en el liderazgo de la protesta obrera primero por el sindicalismo revolucionario y, más tarde, por el socialismo y el comunismo.

No obstante, los anarquistas lograron pervivir en el imaginario social al conservar una porción del prestigio adquirido al despuntar el siglo XX, debido a la constancia y persistencia puestas en la defensa de sus banderas tradicionales. Mantuvieron latentes la llama del reclamo de la libertad de prensa y de reunión, la exigencia de derogación de las leyes represivas (Residencia, Defensa Social), la liberación de los presos sociales y sus detenidos emblemáticos como Simón Radowitzky, encarcelado en Tierra del Fuego durante veintiún años.

Fue particularmente importante la conmovedora campaña llevada a cabo durante la década de 1920 contra la ejecución de los anarquistas italianos Nicola Sacco y Bartolomeo Vanzetti condenados a muerte por la justicia norteamericana. La falta de pruebas y los prejuicios con respecto a los obreros e inmigrantes demostrados a lo largo del juicio eran, para los activistas libertarios de Argentina y de todo el mundo, testimonios contundentes de la injusticia del sistema capitalista. Por tal motivo pusieron en ello todo su esfuerzo e incluso *La Protesta* editó durante esos años un suplemento quincenal dedicado a publicitar e informar exclusivamente sobre dicho movimiento. Esta larga campaña aunque no logró acallar las polémicas internas, las colocó en ocasiones en un segundo plano y encausó, aunque con intermitencias, las energías más nobles del anarquismo durante siete años. Cuando Sacco y Vanzetti fueron finalmente ajusticiados en agosto de 1927 pareció consumirse definitivamente el impulso libertario del que sólo sobrevivieron algunos retazos de resistencia, que no pudo revivir ni siquiera la ansiada libertad de Radowitzky decretada por el presidente Yrigoyen en abril de 1930, poco antes del golpe de Estado encabezado por el general Uriburu[20].

No importa cuánta importancia le hayan adjudicado en este período al anarquismo sus panegiristas, la prensa o los sectores dominantes. Especialmente durante los eventos de la Semana Trágica cuando, en el contexto del temor a la expansión de la Revolución Rusa, el término anarquista se confundía e intercambiaba en el discurso de estos últimos con maximalista y era elevado desmesuradamente al rango de enemigo público de la patria. Lo cierto

20. La liberación de Radowitzky se produjo pocos meses antes de que se cumpliera su condena y se debió a la constancia de Salvadora Medina Onrubia, quien convenció a Yrigoyen para que firmara el indulto. Una vez liberado el presidente lo desterró del país, al que nunca regresó.

es que a partir del Centenario el movimiento libertario argentino había comenzado un proceso de inexorable decadencia y no pudo recuperar jamás el rol político protagónico alcanzado entre los trabajadores durante la tumultuosa primera década del siglo XX. Los factores de este declive fueron múltiples.

LA REPRESIÓN

Con el consenso de los sectores medios y de todas las instancias de las instituciones estatales, la represión lanzada por el gobierno de José Figueroa Alcorta en 1910 le asestó al anarquismo, como se ha dicho, un golpe muy duro. Aplicando el estado de sitio, las leyes de Residencia y de Defensa Social, sancionada a mediados de ese año, se produjeron centenares de detenciones y expulsiones de dirigentes y activistas tanto nativos como extranjeros, recluidos los primeros en el penal de Ushuaia y repatriados los segundos a sus países de origen, donde muchos eran encarcelados no bien descendían de los barcos. También se clausuraron decenas de diarios y periódicos y se cerraron los locales gremiales y culturales a lo largo y ancho del país. De esta manera el anarquismo quedó sumamente debilitado y, por primera vez, al menos en esta magnitud, se vio obligado a transitar una larga clandestinidad, quedando en buena medida amordazado y aislado de los trabajadores al no poder ejercer su acción propagandística.

La envergadura de las medidas represivas era inusual y tomó por sorpresa a los activistas libertarios, quienes hasta aquí estaban acostumbrados a soportar las andanadas represivas que generalmente duraban unas pocas semanas (el tiempo que regía el estado de sitio). En cuanto se calmaba el clima de tensión política y se levantaban las medidas coercitivas, los militantes volvían a articular su actividad proselitista a la vista de toda la sociedad y

a cara descubierta para volver al poco tiempo a mostrarse pujantes y recuperar su notable capacidad de movilización.

Se ha sostenido antes que el éxito libertario se basó en la comprensión de los agravios vividos por los trabajadores y en la notable capacidad de su militancia para movilizarlos. Es precisamente esta dinámica la que rompió la represión del Centenario, porque la prolongada duración de las medidas represivas gubernamentales afectó las actividades libertarias tanto en su capacidad de movilización como en la continuidad del funcionamiento de sus instituciones.

Se prohibió la circulación de la prensa ácrata, perjudicando especialmente al emblemático diario *La Protesta* que permanecería clausurado durante más de un año y que recién podría volver a editarse diariamente en 1913, año en el que también se restablecería la actividad gremial. Los círculos y grupos libertarios quedaron desarticulados y se suspendieron por tiempo indefinido las actividades educativas, culturales y políticas, afectando de esta manera el dictado de conferencias, las representaciones teatrales, las fiestas y los cursos dictados en las escuelas racionales. Por un tiempo prácticamente desaparecieron los proyectos culturales alternativos y los anarquistas perdieron en buena medida su capacidad de interpelar a los oprimidos.

Al romperse las redes de sociabilidad que habían tejido con los trabajadores, los libertarios ingresaron en una etapa de depresión y confusión agravada por la pérdida de muchos de sus dirigentes más importantes que abandonaron el activismo político, fueron detenidos por la policía o expulsados del país. Además hubo una buena cantidad de ellos que emigró a otras fuerzas políticas como el sindicalismo revolucionario, que con su notable pragmatismo seducía a muchos, el anarcobolchevismo (una tendencia interna simpatizante de la Revolución Rusa) o la corriente denominada *anarcobatllismo*, surgida del apoyo crítico de un grupo

de militantes a las actitudes supuestamente progresistas del presidente uruguayo Jorge Batlle.

En esta dispersión de las filas ácratas, su característico desapego a la organización interna también debe haber incidido de manera negativa. En efecto, puede pensarse que en coyunturas de fuerte presión represiva como la ejercida por el Estado a partir del Centenario y de consecuente repliegue militante, la ausencia de un partido político que estableciera las líneas de acción o que sirviera de nexo entre sus diversas instancias institucionales o individuales probablemente dificultó de manera notable la capacidad de resistencia y el reagrupamiento político.

Este hecho seguramente se reagravó en la coyuntura de posguerra cuando los ecos de la Revolución Rusa y la Semana Trágica –en un contexto de fuerte conflicto social– profundizaron la represión. Contribuyó en ese sentido la aparición de organizaciones como la Liga Patriótica y la Asociación Nacional del Trabajo que ayudaron a instalar la idea de la existencia de un "peligro rojo" y exacerbaron e incentivaron el uso de la violencia contra los gremios obreros y sus representaciones políticas e ideológicas, particularmente el anarquismo. En consecuencia, cerrados los círculos, clausurada la prensa y herido el núcleo de cuadros dirigentes, el movimiento anarquista sin una organización ni una conducción se fragmentó y demostró serias dificultades para rearmar su función gremial, política y cultural.

Indudablemente la represión lanzada por el Estado y los grupos paraestatales jugó un papel importante en el declive libertario. En las pocas publicaciones anarquistas del período inmediatamente posterior al Centenario que circulaban clandestinamente se percibe un clima de derrota y de manera unánime los columnistas ponían énfasis en los efectos negativos causados por la persecución en sus activistas y simpatizantes. Esta idea persistió hasta mucho después de pasados los efectos represivos. Sin embargo no

debemos exagerar los alcances de la represión, pues fue sólo una de las causas del comienzo de un declive que se prolongó durante las décadas de 1910 y 1920.

En realidad, los embates represivos sólo contribuyeron a acelerar el proceso de decadencia y en estos años se evidenciaron una serie de motivos que ya se hallaban latentes en el seno del movimiento anarquista. Estas causas profundas se relacionan con las propias formas de percibir y analizar los diversos niveles de la realidad argentina por parte del anarquismo y deben relacionarse también con factores coyunturales que fueron modificando, en algunos casos imperceptiblemente, las normas de sociabilidad política, social y cultural a las que el anarquismo no pudo, no supo o no quiso adaptarse.

DISPUTAS CON EL SINDICALISMO REVOLUCIONARIO

En primer término merecen destacarse ciertos cambios producidos en el mundo del trabajo y en la organización gremial que desacomodaron al anarquismo. En un contexto de aumento de la desocupación, a partir de 1910 se produjo una merma de la conflictividad obrera, especialmente durante el tiempo que duró la Primera Guerra Mundial. Simultánea y consecuentemente disminuyó la radicalidad de las demandas de los trabajadores; si esta situación era desfavorable para el gremialismo en su conjunto, lo era más aun para los activistas libertarios acostumbrados a tensar los conflictos con peticiones de máxima acorde a su notable rechazo de la lucha reivindicativa por sí misma. De esta forma, la baja en la intensidad del conflicto en el mundo del trabajo venía a sumarse a la crisis provocada por la escalada represiva, redundando en una consecuente pérdida de influencia anarquista en el movimiento obrero frente al sindicalismo revolucionario, una corriente gremial más pragmática y menos radical que el anar-

quismo y con escasos prejuicios para asumir las demandas económicas graduaiistas de los trabajadores.

El discurso del sindicalismo revolucionario tenía algunos puntos en común con el libertario en tanto ambos rechazaban el rol del Estado y el parlamentarismo (la acción de los partidos políticos). No obstante se diferenciaban en dos aspectos centrales: por un lado, eran partidarios de la unidad y la neutralidad sindical, rechazando tanto las injerencias del Partido Socialista en sus gremios como el finalismo impuesto por los libertarios en la FORA, que en su V Congreso había recomendado la adopción por parte de los gremios adheridos de los principios del comunismo anárquico; por otro lado, rechazaban lo que ellos entendían como un exceso de confrontacionismo y de gimnasia revolucionaria por parte de los anarquistas, especialmente mediante la apelación reiterada al recurso de la huelga general.

El sindicalismo revolucionario, surgido de una escisión socialista en 1905, fue ganando lugar en el movimiento obrero y en 1909 organizó la Confederación Obrera Regional Argentina (CORA) en competencia con la FORA, alcanzando cierto peso en torno al Centenario, momento en que los anarquistas entraban en un período de ostracismo. Los sindicalistas controlaban algunos gremios claves como la Federación Obrera Marítima cuyos resonantes éxitos durante la década de 1910, sumados a una sólida organización basada en la disciplina de sus afiliados y la estabilidad de sus dirigentes, le otorgaron prestigio y poder en el seno del movimiento obrero.

Desde su aparición los sindicalistas llevaron adelante múltiples esfuerzos orientados a lograr la unidad gremial, más allá de las diversas ideologías que operaban en el mundo obrero. Los anarquistas, abroquelados en la FORA, resistieron enconadamente con éxito varios intentos de fusión; incluso en 1912, en un momento de suma debilidad, lograron en el congreso de fusión rea-

lizado conjuntamente con la CORA rechazar la unidad impulsada por ésta. Ante esta circunstancia la CORA cambió de táctica y mediante una maniobra muy hábil decidió autodisolverse e ingresar con todos sus gremios a la FORA acatando sus estatutos. Este movimiento les permitió a los sindicalistas, durante la realización del IX Congreso de la FORA en 1915, desplazar de su conducción a los anarquistas, gracias al apoyo de una leve mayoría de delegados obreros, y eliminar de sus estatutos la cláusula que recomendaba la adhesión de sus afiliados al comunismo anárquico.

A partir de este momento y hasta 1922 el sindicalismo revolucionario ingresó en un período de crecimiento que lo convirtió en el sector predominante del movimiento obrero. Durante el conflictivo período comprendido entre los años 1917 y 1921, caracterizado por el aumento de los niveles de empleo y la caída de los salarios, orientaron la mayoría de las huelgas, en las que prevalecían de manera clara las reivindicaciones de tipo económico, obteniendo en buena parte de ellas importantes victorias. Precisamente estos éxitos condujeron a un notable crecimiento de la FORA sindicalista que saltó de 50 gremios y cerca de 2.600 adheridos mensuales en 1915 a 734 gremios y alrededor de 68.000 afiliados en 1920[21].

En cambio los anarquistas iniciaron con la derrota del IX Congreso un declive imposible de revertir. Si bien podría atribuirse

21. David Rock, *El radicalismo argentino, 1890-1930,* Amorrortu, Buenos Aires, 1977, p. 170. Cabe señalar que a partir de 1922 el movimiento obrero organizado entró en un período de escasa conflictividad en el que se sumió en una serie de debates internos que serían a la larga contraproducentes. En este contexto el sindicalismo comenzó también a perder tanto el prestigio como la influencia adquirida durante los años anteriores, para convertirse una década más tarde en una anémica agrupación gremial. Cuando en 1922 se disolvió la FORA del IX Congreso y se conformó la Unión Sindical Argentina (USA), ésta contaba solamente con 20.000 afiliados.

el triunfo a una indudable viveza táctica de la nueva mayoría sindicalista, los dos principales motivos que produjeron la derrota libertaria se relacionaban, por un lado, con su obstinada negativa a la unidad gremial, que mantuvieron contra la corriente hasta su extinción como tendencia, y, por otro, con el intento de conservar la declaración finalista que sostenía la adhesión de sus gremios al comunismo anárquico.

A los delegados anarquistas les costó comprender la derrota y no la aceptaron, negándose a convivir con los sindicalistas, a quienes aborrecían por lo que ellos consideraban "doblez entre las declaraciones teóricas y la acción práctica", en palabras del dirigente e historiador libertario Diego Abad de Santillán, quien explicaba que los sindicalistas "propulsaron la acción directa y de la lucha gremial sin compromisos ni desviaciones, y luego, en la práctica, han obrado de un modo muy distinto, entregando los conflictos a la solución de las autoridades, recorriendo las antesalas de ministerios y jefaturas de policía y obstruyendo en cuanto le fue dado a los movimientos de protesta de las grandes masas" [22].

Consecuentemente, los activistas libertarios se retiraron del Congreso, para abroquelarse en la autodenominada, en adelante, FORA del V Congreso, en donde sólo conservaron la adhesión de un puñado de sindicatos, entre los que se destacaban los conductores de carros, los panaderos, algunas agrupaciones portuarias y otros gremios menores.[23] Sus dificultades para sobrevivir fueron ostensibles y recién en 1923 realizaron un nuevo congreso que, por cierto, no contó con los principales sindicatos del movi-

22. Diego Abad de Santillán, *La F.O.R.A. Ideología y trayectoria*, Editorial Proyección, Buenos Aires, 1976, p. 249.
23. En el Congreso Extraordinario realizado en 1920, la FORA del V Congreso pasó a denominarse Federación Obrera Regional Anarquista Comunista (FORAC), hasta que un nuevo congreso en 1923 derogó esta denominación y volvió a la antigua.

miento obrero. Esta cerrada actitud de los anarquistas, a quien el dirigente sindicalista Sebastián Marotta tildó como los "ilusos del mañana", los aisló de una parte importante del movimiento obrero y de los trabajadores que, seguramente, no debían comprender ni estar de acuerdo con la cerrada negativa libertaria a la fusión gremial. En estas circunstancias seguramente los obreros debían sintonizar mejor con el pragmatismo sindicalista que les proponía la unidad de todo el espectro sindical para disputar desde una posición más sólida las reivindicaciones obreras.

Asimismo, estos años constituyeron un período de cambio con respecto a la organización de los trabajadores. Los sindicalistas revolucionarios introdujeron desde 1915 la organización en federaciones de oficio y, poco después, adoptaron la organización sindical por industria a nivel nacional, lo que facilitaba la concentración de los afiliados y la centralización de la estructura sindical. Los anarquistas, en cambio, se mantuvieron obstinadamente fieles a la organización sindical por oficio local –esta táctica fue ratificada en el Congreso de la FORAC de 1923–. Aunque durante el tumultuoso año de 1919 habían realizado sin éxito un esfuerzo por agrupar a los sectores gremiales vinculados al transporte y al puerto (estibadores, carreros y choferes) en una federación única, siguieron aferrados a la defensa de la agremiación local.

También en este punto la táctica sindicalista parecía adecuarse mejor al crecimiento industrial y fortalecía la reivindicación de los trabajadores de un ramo al evitar la fragmentación de los obreros de una misma actividad en infinidad de sectores. Claro que este proceso de centralización generó un tipo de dirigente sindical diferente al abnegado y desinteresado militante libertario de comienzos del siglo. La estabilidad en la función y la remuneración por el cargo tendió a conformar un dirigente burocratizado y menos comprometido ideológicamente, cuyo

mejor ejemplo fueron, años más tarde, los integrantes de la conducción de la Unión Ferroviaria.

Los dirigentes gremiales libertarios previeron con cierta lucidez los peligros de la burocratización sindical y repudiaron abiertamente estas tendencias, incluso en el congreso extraordinario realizado por la FORA del V Congreso en 1920 se firmó un acuerdo en contra de la existencia de funcionarios rentados en las organizaciones gremiales. No obstante, la lectura entre líneas de las fuentes de estos años dejan entrever que algunos militantes libertarios no fueron del todo inmunes a las prácticas rentadas.

Por otro lado, en la pérdida de influencia gremial del anarquismo hay que señalar que se estaba produciendo un desplazamiento sectorial en la capacidad de presión de los sindicatos. Si a comienzos del siglo XX habían sido los estibadores y conductores de carros los grupos de trabajadores que más capacidad de presión tenían sobre la economía agroexportadora y habían sido conducidos por el anarquismo, ahora eran los gremios navales y ferroviarios quienes estaban en condiciones de presionar mejor sobre el punto neurálgico de la economía y eran los sindicalistas quienes dirigían la Federación Obrera Marítima y, conjuntamente con socialistas, la Federación Obrera Ferrocarrilera.

El segundo gran problema con el sindicalismo revolucionario estaba relacionado con la huelga general. Si bien éstos aceptaban apelar al paro general, fueron raras las ocasiones en que recurrieron a una medida considerada extrema, hasta que en el congreso de la FORA del IX realizado en 1918 se optó por priorizar el crecimiento de la Federación y privilegiar las huelgas parciales. En varias ocasiones trataron de evitar la realización de huelgas generales y, cuando no tenían otra opción, obstruyeron su desarrollo, como ocurriera durante los sucesos de la Semana Trágica.

El sindicalismo, a diferencia del anarquismo, era clasista y practicaba un clasismo de tipo conservador y defensivo, intentando

alcanzar la conformación de una identidad de la clase obrera que privilegiaba la lucha reivindicativa en sí misma. El sindicalismo revolucionario no estaba tan preocupado por cambiar la sociedad como por luchar por el bienestar de los trabajadores a través del poder obtenido por medio de los sindicatos. Sin duda su discurso debía resultar bastante atractivo para los trabajadores, pero también para muchos activistas gremiales libertarios que no veían grandes diferencias con el discurso anarquista y, en cambio, percibían en las prácticas del sindicalismo una dosis mucho menor de sectarismo, mayor pragmatismo y mejores posibilidades de obtener sus reivindicaciones.

Precisamente, en sentido contrario a la aplicación a ultranza de la huelga general, los sindicalistas preferían en cualquier circunstancia aquello que repudiaban los libertarios: la negociación con las diversas instancias estatales y también con los empresarios. Sus dirigentes llevaron adelante las prácticas negociadoras con astucia y habilidad, especialmente en los conflictos del gremio marítimo, donde su líder, Francisco García, se entrevistaba directamente con el presidente Hipólito Yrigoyen durante su primer mandato para plantear los reclamos de su sindicato.

Vale la pena aclarar que la llegada del radicalismo al poder significó un cambio de las políticas estatales frente a los conflictos del mundo del trabajo. De hecho mostró una decidida predisposición a intervenir y a mediar en los mismos. Esta política más dialoguista favoreció al sindicalismo que, mediante la combinación de la huelga y la negociación, logró importantes victorias gremiales en desmedro de la radicalidad anarquista.

Como se ha visto al comienzo de este trabajo, los anarquistas se adaptaban mucho mejor a los conflictos tumultuarios a las huelgas espontáneas o de carácter solidario que a tratar de obtener las demandas obreras vinculadas a la regularidad laboral y al aumento del poder adquisitivo del salario. Si bien desde que se había creado

la FORA los activistas anarquistas no dejaron de apoyar cuanto conflicto estallara en los distintos ramos del mundo laboral, siempre lo hacían con la esperanza de dar un paso más allá y avanzar hacia la transformación de la sociedad.

En un contexto de fuerte combatividad obrera como el de la primera década del siglo la utopía del cambio les parecía posible. En el conflictivo período transcurrido entre los años 1917 y 1921 el movimiento anarquista volvió a creer que se hallaba ante una inmejorable situación para radicalizar a los trabajadores y atacar a los poderes establecidos. No obstante y debido a su debilidad en ese momento jugó un rol secundario en relación con el sindicalismo revolucionario, aunque intervino en varios conflictos orientados por éste tratando de radicalizar las demandas. Es lo que ocurrió en las huelgas de los peones de La Forestal, los maestros de Mendoza, los trabajadores de los frigoríficos, durante los sucesos de la Semana Trágica o en la huelga general realizada en Rosario en 1921.

Por eso siempre que podían, especialmente en actos solidarios, los anarquistas apelaban a la huelga general con la esperanza de provocar una insurrección generalizada e iniciar el camino hacia la "redención de la humanidad". En 1918 fallaron en el intento de declarar una huelga general en solidaridad con un grupo de obreros ferroviarios despedidos del Ferrocarril Gran Sur. Pero cuando en enero del año siguiente se produjeron los incidentes que darían lugar a la Semana Trágica, los anarquistas, ahora sin la influencia de otrora sobre los trabajadores y el movimiento obrero, fueron los primeros en declarar la huelga general empujando a la central sindicalista a hacer lo mismo.

Otro tanto ocurrió a comienzos de junio de 1921 cuando la FORA declaró la huelga general arrastrando a la central sindicalista en reclamo de la libertad de los presos sociales y la reapertura de los locales obreros cerrados después de que la Liga

Patriótica atacara el local de la Unión de Choferes y asesinara a dos trabajadores[24]. En junio de 1923 se volvió a repetir la situación al ser asesinado en la Penitenciaría Nacional el obrero anarquista alemán Kurt G. Wilckens, quien seis meses antes había matado al coronel Varela, encargado de las fuerzas militares que reprimieron y masacraron a los peones patagónicos. La Federación conducida por los anarquistas decretó la huelga general en repudio al asesinato y arrastró con ella a la Unión Sindical Argentina, que accedió sin entusiasmo a apoyar la medida, aunque también fue la primera en levantar la huelga. Lo mismo ocurrió en abril de 1927 en ocasión de la ejecución de Sacco y Vanzetti.

Es interesante detenerse en los sucesos de la Semana Trágica. En principio, es preciso señalar que la huelga general impulsada por las agrupaciones libertarias parece haber sido una medida pertinente. En efecto, la decisión fue tomada cuando ya los trabajadores se habían movilizado espontáneamente debido a la indignación causada por la violenta y desmedida represión policial del 7 de enero de 1919 a los huelguistas de la empresa metalúrgica Vasena que provocó varios muertos. En estas circunstancias el apoyo obrero a la huelga fue masivo, al menos en la ciudad de Buenos Aires.

El 9 de enero el cortejo fúnebre, integrado mayoritariamente por trabajadores industriales, en muchos casos acompañados por sus familias, de las barriadas en donde la huelga se hacía sentir

24. Desde la Semana Trágica los ataques de las bandas de derecha se sucedían con total impunidad. Pocos días antes de la agresión al local de choferes, la Liga Patriótica local encabezada por el estanciero Morrogh Bernard atacó a los asistentes del acto del Primero de Mayo organizado por la Federación Local de Gualeguaychú asesinando a varios obreros. Estas agresiones se repitieron en numerosas ocasiones, como por ejemplo en las huelgas portuarias y de La Forestal. Estas bandas también colaboraron en la matanza de peones de la Patagonia consumada por el ejército en 1921, así como también intervinieron en los trágicos sucesos de Jacinto Arauz en diciembre de ese mismo año.

con más fuerza (Constitución, La Boca, Barracas, Parque Patricios, Once, Almagro, Villa Crespo, Balvanera y Nueva Pompeya), resultó imponente y fue creciendo a lo largo de su recorrido con la incorporación de nuevos manifestantes. Si bien se produjeron diversos incidentes con la policía, algunos de magnitud, los sucesos más graves ocurrieron al llegar al cementerio de la Chacarita, donde el cortejo fue salvajemente reprimido y varios trabajadores resultaron muertos engrosando la nómina de víctimas obreras. El conflicto alcanzó en ese momento su punto culminante y, finalmente, ante la presión popular la FORA del IX Congreso y el Partido Socialista también declararon la huelga general.

Ahora bien, mientras los socialistas pretendían que la huelga general fuera breve y se limitara a reclamar la satisfacción de las reivindicaciones de los obreros de la empresa Vasena y la libertad de los presos sociales, los anarquistas llamaban a una medida por tiempo indeterminado. Sin duda, en un contexto en el que la Revolución Rusa parecía alentar un clima insurreccional, tenían el inocultable deseo de generalizar el conflicto, convertirlo en un acto solidario de toda la clase obrera con los trabajadores de Vasena y avanzar hacia una huelga general de carácter revolucionario. Así lo proclamaban con entusiasmo después de los sucesos del 9 de enero: "El pueblo está para la revolución. Lo ha demostrado ayer al hacer causa común con los huelguistas de los talleres Vasena. El trabajo se paralizó en la ciudad y barrios suburbanos. Ni un solo proletario traicionó la causa de sus hermanos de dolor"[25].

Sin embargo, a partir de este momento el conflicto comenzó a ceder por el desgaste lógico y por la desproporcionada intervención del ejército y de bandas de civiles armados –que luego formarían la Liga Patriótica– que actuaron impunemente ante la

25. Boletín de *La Protesta*, 10 de enero de 1919, en D. A. de Santillán, *La F.O.R.A....*, p. 243.

permisividad del gobierno de Yrigoyen. Esta situación, la falta de apoyo generalizada por parte del mundo del trabajo y la escasa predisposición de los sindicatos más poderosos a extender la medida habrían provocado la paulatina desmovilización de los trabajadores y, como lógica consecuencia, la pérdida de fuerza y efectividad de la huelga general.

Ante esta circunstancia, la FORA del IX Congreso levantó la huelga en una medida compartida por los gremios orientados por sindicalistas y socialistas, quienes no tenían ningún interés en generalizar el conflicto y, menos aun, radicalizarlo. Pero los anarquistas, sin medir las relaciones de fuerza, decidieron seguir adelante con la huelga general hasta la retirada de las tropas y la libertad de todos los presos. Siguieron aferrados a un plan de lucha que ya había sido abandonado por la amplia mayoría de los trabajadores y que por sí solos no estaban en condiciones de mantener.

Entonces, acusaron duramente a sindicalistas y socialistas de traicionar la huelga y abandonar la lucha: "Cualquiera sabe, –sostenía *La Protesta*– en este Buenos Aires despreocupado, que los socialistas y sindicalistas negaron, a los dos o tres días, su concurso a la huelga general, tratando de eludir responsabilidades mientras la FORA del V y los anarquistas reafirmábamos el movimiento y asumíamos la actitud que correspondía en esos momentos a todo revolucionario. La defección síndico-socialista provocó la reacción burguesa estatal"[26].

Los sucesos de la Semana Trágica, sin duda, superaron ampliamente en magnitud a las jornadas de la Semana Roja de 1909 y se convirtieron en uno de los movimientos más significativos de la historia obrera. Ahora bien, ni el socialismo por su afán de encarrilar el conflicto por la vía parlamentaria, ni el sindicalismo por el temor de la propagación de la huelga con las consecuencias

26. *La Protesta,* **26** de enero de 1919.

negativas que esto podía implicar para las conquistas de otros gremios desempeñaron un rol dirigente claro y contundente de los trabajadores en conflicto. Éstos claramente rebasaron a su conducción.

Bajo estas circunstancias fue el anarquismo, que ya no controlaba los gremios más importantes, el que logró colocarse, por cierto fugazmente, a su cabeza o al menos intentó acompañarlos. Es indudable que a ello contribuyó el fuerte componente espontáneo y solidario de este conflicto. En efecto, los obreros de las barriadas industriales en torno a la fábrica de Vasena sintieron ciertamente una profunda indignación ante la prepotencia patronal y la represión policial y no puede sorprender, entonces, la violenta reacción de los trabajadores ante los agravios.

En ese momento, la ausencia y la vacilación de los sectores más moderados de la dirigencia obrera (sindicalistas y socialistas) generaron un vacío de conducción que los activistas libertarios, aunque también fueron sorprendidos por la magnitud del conflicto, trataron de llenar logrando desempeñar un rol significativo. Las mismas razones que los habían conducido a caminos sin salida (enfrentamiento frontal con las autoridades sin retroceder jamás) los colocó ahora fugazmente al frente de los trabajadores en conflicto.

Como había ocurrido en numerosas ocasiones, los anarquistas, cautivos de su urgencia revolucionaria y en su utópico afán por transformar la sociedad, volvieron a quedarse solos, incapaces de poder determinar cuándo era el momento adecuado para dar un paso atrás y así evitar el daño que les provocaría la persecución policial. En efecto, una vez más debieron soportar la durísima represión estatal agravada por la persecución paraestatal de las bandas armadas de la Liga Patriótica. Otra vez encarcelaron a sus dirigentes, cerraron sus locales, clausuraron sus periódicos y, cuando levantaron la huelga, no habían logrado concretar ninguna de sus reivindicaciones.

El problema en 1919 era que, a diferencia de lo ocurrido una década atrás, esta vez el movimiento anarquista había ingresado a la ola de conflictos absolutamente debilitado y saldría de la misma más debilitado aun. Muchos años después Diego Abad de Santillán sostendría en tono autocrítico: "Hemos criticado acerbamente la `traición` de la FORA del Noveno Congreso, pero ¿adónde se quería ir? La verdad es que no había preparación para llegar muy lejos, por vivaz que fuese el jacobinismo juvenil y también no juvenil en aquellas jornadas luctuosas"[27].

LAS QUERELLAS INTERNAS

En la decadencia del anarquismo no se les debe quitar importancia a las constantes querellas internas y luchas fraccionales que, si bien marcaron una característica de toda la izquierda argentina, en el movimiento libertario se multiplicaron de manera absolutamente contraproducente. Lo más grave es que estas polémicas no eran sólo confrontación de ideas y tácticas, en numerosas ocasiones se superponían las desavenencias personales, los celos, las disputas por el manejo de los magros fondos recaudados o por la representación en algún congreso en el exterior y, fundamentalmente, por el control de *La Protesta,* sin duda el medio de prensa más emblemático del anarquismo por su larga trayectoria y el más poderoso por contar con imprenta propia. Aquí se analizarán brevemente sólo los conflictos más importantes.

El primero de ellos enfrentó a "protestistas" y "antorchistas", llamados así por estar nucleados en torno a las publicaciones *La Protesta* y *La Antorcha.* Estos grupos protagonizaron un largo conflicto que generó un profundo desgaste en el debilitado movimiento libertario sin aportar nuevas ideas al proceso de cambio

27. Diego Abad de Santillán, *Memorias,* Planeta, Barcelona, 1977, p. 53.

de la sociedad. Se extendió hasta comienzos de los años '30 y tuvo su origen en 1916, cuando un grupo de activistas se escindió de *La Protesta* cuestionando la conducta de su administrador, involucrado en un supuesto acto de chantaje a una empresa con el objeto de obtener un beneficio económico para el diario. Apolinario Barrera, administrador del diario, aprovechando el boicot obrero impuesto contra una cervecera, intentó hacer un arreglo con la empresa rival para mejorar las finanzas del diario. Pero el rechazo empresario y la ventilación pública del intento provocaron un verdadero escándalo en las filas libertarias, donde muchos lo consideraron como un acto de extorsión y pidieron la expulsión de Barrera.

Detrás de la condena moral se ocultaba el descontento por la tendencia centralizadora que ejercieron, o pretendieron ejercer, sobre el movimiento anarquista quienes dirigieron alternativamente *La Protesta*. Recordemos que este medio se arrogó desde comienzos del siglo XX la defensa de los "principios fundamentales del anarquismo" y funcionó como un elemento de centralización y unificación de la actividad libertaria en un intento por neutralizar la tendencia innata a la fragmentación y a la división. Pero este cometido, además de despertar lógicos resquemores, parecía una misión imposible en un movimiento cuya tendencia al agrupamiento libre y por afinidad de ideas lo convertían en un heterogéneo e incontrolable mosaico. La lucha entre ambos sectores se profundizó en 1921 cuando el grupo disidente encabezado por Rodolfo González Pacheco y Teodoro Antilli fundó *La Antorcha* (1921-1932), convirtiéndose a partir de allí en un órgano opuesto y alternativo a *La Protesta*.

Doctrinariamente no existían grandes diferencias entre los dos grupos, incluso cuando la onda expansiva de la Revolución Rusa pareció penetrar el ideario anarquista compartieron la postura antibolchevique y combatieron casi con el mismo entusiasmo las

tendencias internas prosoviéticas. En principio, los mayores desacuerdos no parecen haber sido motivados por cuestiones filosóficas de fondo sino por profundos enfrentamientos personales que, por otro lado, no eran nuevos en el anarquismo. González Pacheco y Antilli estaban fuertemente enfrentados con Emilio López Arango, Abad de Santillán y otros miembros de *La Protesta*. Y aunque este último reconocía años más tarde "que las diferencias con sus miembros –los antorchistas– eran más bien temperamentales y de incompatibilidad personal que de carácter doctrinario"[28], lo cierto es que durante los años en que fueron dirigentes del anarquismo manifestaron entre sí una profunda aversión y un desencuentro personal que se extendió de manera nefasta a todo el movimiento y lo sumió en un grave enfrentamiento.

Pero además de disensos personales existían diferencias tácticas y de métodos. El sector *antorchista*, que era minoritario en el conjunto del movimiento anarquista, se ubicaba generalmente a la izquierda de *La Protesta*, manifestando una actitud notoriamente más radicalizada que sus rivales en todos los órdenes de la actividad militante. No sólo apoyaban enfáticamente la acción directa y acusaban a sus rivales de convertirse en tibios reformistas –"en LP hay miedos, temor, cobardía y a ella está subordinada toda su labor desde hace varios años"[29]–, sino que también demostraban ciertas simpatías, aunque de manera ambigua, por las acciones desarrolladas durante la segunda mitad de la década de 1920 por los grupos expropiadores o terroristas, a quienes los protestistas se oponían enconadamente.

Estas diferencias se plasmaron incluso en la división del Comité de Defensa de los Presos Sociales, un organismo controlado por el anarquismo que se había constituido en una activa herra-

28. D. Abad de Santillán, *Memorias*, p. 108.
29. *La Antorcha*, 18 de marzo de 1927.

mienta de propaganda poniendo en conocimiento de la población las pésimas condiciones en que vivían los detenidos (malos tratos, hacinamiento, detención sin condena). Estaba integrado por todas las fracciones del anarquismo pero su convivencia se llevó adelante con muchas dificultades hasta que finalmente se produjo la división, pues mientras el grupo de *La Protesta* sólo aceptaba defender a los detenidos anarquistas, desde *La Antorcha* extendían esa función a una gama más amplia que incluía a los expropiadores y a algunos detenidos que orillaban la delincuencia común.

El áspero conflicto alcanzó su punto más álgido en 1924 cuando la FORA, en absoluta consonancia con *La Protesta*, expulsó de sus organismos federados a todos los activistas que simpatizaban con el antorchismo. Si bien las causas se venían acumulando desde hacía bastante tiempo, el detonante que provocó la separación fue la dura crítica que *La Antorcha* descargó sobre la dirección de la FORA y la USA cuando éstas levantaron la huelga general contra la sanción de la Ley de Jubilaciones[30]. La expulsión de voces disidentes en una institución libertaria era un hecho grave e inédito pues implicaba el intento de imponer una única y centralizadora voz anarquista.

Todos estos acontecimientos caldearon los ánimos aun más y los contendientes manifestaban posturas cada vez más irreductibles y un profundo encono entre ellos. Los enfrentamientos estaban plagados de gravísimas acusaciones mutuas (estar a sueldo de la patronal, ser provocadores o informantes de la policía, manifestar tendencias autoritarias, etc.) que, en numerosas ocasiones, derivaban en actos de violencia. Es lo que ocurrió ese mismo año en la localidad de General Pico cuando un grupo afín

30. En 1923, durante el gobierno radical de Marcelo de Alvear, se sancionó una ley de jubilaciones que fue rechazada por la mayoría del movimiento obrero por distintos motivos. En el caso de la central anarquista, una de las objeciones principales se debía a la "excesiva" injerencia estatal en las relaciones obrero-patronales.

a la FORA y *La Protesta* asaltó el local del periódico antorchista *Pampa Libre* con el objeto de apropiarse del control de la imprenta. El suceso adquirió graves connotaciones pues terminó con dos muertos y varios heridos y debe haber perjudicado la imagen de los anarquistas ante los trabajadores que asistían impávidos a un enfrentamiento que seguramente no entendían. A partir de ese momento la campaña de agravios se profundizó y las posturas de ambos sectores se tornaron irreconciliables.

Otra dura polémica que cruzó el movimiento anarquista se vincula a la caracterización de la revolución rusa y a la postura que debían adoptar sus adherentes. Pero, a diferencia del caso anterior, aquí la controversia era esencialmente doctrinal. En un comienzo la gran mayoría de sus activistas festejó la caída del viejo régimen de los zares y creyó vislumbrar en este evento la concreción de sus utopías. ¿Qué otra cosa podía significar el asalto al poder por parte de ese conjunto de desposeídos formado por campesinos, obreros y soldados? ¿No era la paz declarada con Alemania por el nuevo gobierno revolucionario una adhesión implícita al pacifismo libertario? ¿Acaso no era una meta propia la destrucción del Estado autocrático? ¿No significaba el reparto de las tierras entre el campesinado el cumplimiento del lema "la tierra para quien la trabaja"?

Este comprensible entusiasmo por la revolución rusa llevó a la FORA del V Congreso a convertirse en FORA Comunista y a que hasta mayo de 1919 los medios libertarios apoyaran esta revolución casi sin reservas. Hasta entonces el anarquismo había intentado minimizar el liderazgo bolchevique y el carácter marxista de la misma para identificarse en cambio con el maximalismo, que era el difuso término utilizado por la prensa de la época para referirse a los revolucionarios rusos, tratando de dotarlo de un significado cercano al libertario. Y aunque reconocían que la revolución maximalista no representaba todas las aspiraciones anarquistas apoyaron el sentido de transformación radical del acontecimiento.

Por supuesto este entusiasmo original del anarquismo, que recorría todo el arco de la izquierda no sólo argentina sino también latinoamericana, pecó de exageración y se trató de un equívoco de quienes no se animaban a pensar a fondo las consecuencias de un acontecimiento que, no bien se profundizara su análisis, poco tenía que ver con los ideales libertarios. Es cierto que la lentitud en las comunicaciones generaba noticias contradictorias y un profundo desconocimiento de los acontecimientos. Así, la incógnita sobre el rol desempeñado por los anarquistas durante la revolución tendía un velo que daba lugar a diversas y encontradas interpretaciones. Sin embargo, la inmensa mayoría de los anarquistas no desconocía, al menos desde 1905, las posturas, las consignas y las estrategias políticas del partido bolchevique, a las que consideraban clasistas y autoritarias.

Entre mediados de 1919 e igual período de 1921, una vez que contaron con mayores elementos de juicio, el carácter de la revolución rusa se fue convirtiendo en motivo de un acalorado debate en el seno del movimiento anarquista. Un sector minoritario, claramente partidario de la revolución, se conformó como grupo y se denominó a si mismo "banderarojista" mientras los opositores a la revolución rusa los denominaban peyorativamente "anarco-bolcheviques" o "anarco-dictadores".

El grupo pro-comunista era encabezado por Enrique García Thomas, el educador Julio Barcos, Santiago Locascio y el escritor Elías Castelnuovo y conformó su identidad en torno al diario *Bandera Roja* que se editó fugazmente entre el 1º de abril y el 6 de mayo de 1919 cuando fue clausurado por el gobierno de Yrigoyen. El lema del diario era categórico: "Hacer como en Moscú". Y su contenido también lo era, pues publicaban artículos de dirigentes bolcheviques como Lenin, Trotsky y Zinoviev, entre otros, quienes no manifestaban, ni jamás habían manifestado, ninguna simpatía por el anarquismo.

Simultáneamente, en el diario *La Protesta* se sucedían los artículos a favor y en contra de la revolución y sus miembros mantenían una relación relativamente normal y pacífica con los "banderarojistas". La crítica más dura a los "anarco-bolcheviques" provenía desde el periódico *La Obra.* Allí, Rodolfo González Pacheco los cuestionaba y fustigaba inflexiblemente por sus posturas más cercanas al sindicalismo en el aspecto gremial y por la tendencia autoritaria de la política emprendida por el nuevo Estado revolucionario. El grupo banderarojista minimizaba esta crítica pues creía que la revolución rusa venía a concretar muchos de sus postulados y justificaba "la dictadura en general y de toda la población que se dedica a tarea útil y que no vive del trabajo mercenario. Son excluidos: los que perciben rentas del trabajo ajeno, los que viven sin trabajar, rentistas, industriales, terratenientes y otros parásitos, los comerciantes y comisionistas, los monjes y otros sacerdotes, los polizontes y los nobles"[31].

En esta última cuestión es donde aparece el punto de inflexión del apoyo libertario a la revolución rusa, porque la dictadura del proletariado, la preeminencia del partido bolchevique y la pervivencia del Estado serían los ejes controversiales. Si bien los anarquistas siempre habían apoyado la llegada de los trabajadores al poder, éstos aparecían en su imaginario diluidos en el magma más amplio y difuso de "los oprimidos" o "los desheredados" que no gobernarían en nombre de la clase obrera sino de toda la humanidad. La instauración de un gobierno de clase implicaba el dominio de una sobre la otra, y corría el riesgo de convertirse en opresor y avanzar hacia una dictadura no sólo del proletariado sino del partido que se atribuía su representación y se instalaba en el poder reconstruyendo el Estado autoritario.

31. Santiago Locascio, *Maximalismo y anarquismo,* Buenos Aires, 1919, p. **44.**

"El dominio –sostenía el dirigente libertario Emilio López Arango–, naturalmente, tendrá un nuevo carácter, la estructura social adquirirá nuevas formas, pero la tiranía y la esclavitud económica subsistirán como una nueva necesidad para la existencia del Estado socialista." La existencia de un Estado dictatorial conduciría a un Estado represivo: "Y los maximalistas serán entonces, como los burgueses de hoy, los enemigos de toda idea revolucionaria y perseguirán a los anarquistas con la misma saña que hoy lo hacen los estados capitalistas"[32].

La persecución de los activistas anarquistas por parte del nuevo gobierno revolucionario dejó de ser una sospecha o una probabilidad para convertirse en un hecho real cuando se conocieron los pormenores de la dura represión a los marineros del Kronstadt y a la guerrilla campesina ucraniana dirigida por Pedro Majno, así como la generalizada represión emprendida por el Ejército Rojo comandado por León Trotsky contra los anarquistas rusos.

En este punto no hubo retorno y la ilusión soviética se desmoronó para la mayoría de los anarquistas. La polémica interna se encrespó aun más porque, además de su adhesión ferviente a la revolución, los "banderarojistas" tenían posturas afines a las de los sindicalistas revolucionarios en el terreno gremial y compartían la fusión. Finalmente, a mediados de 1921, se produjo la ruptura formal cuando *La Protesta* se declaró enemiga de la revolución rusa y los "banderarojistas" fueron expulsados de la FORA con el argumento de haber participado en el Congreso Preparatorio de la Internacional en Moscú y de mantener contactos secretos con agentes del gobierno soviético.

Al año siguiente se realizó en Buenos Aires el Primer Congreso Regional Anarquista en el que no se permitió la participación de los anarco-bolcheviques y se condenó categóricamente la revolu-

32. *La Protesta,* 9 de febrero de 1919.

ción rusa. De esta forma, los anarquistas, ahora claramente enfrentados al Estado soviético y a sus partidarios, retomaron el control de la alicaída FORA y en el Congreso de 1923 volvieron a su antigua denominación eliminándole a la sigla el aditamento comunista. Además, declaraban formalmente "que se rechace en absoluto, como medio transitorio o definitivo, la llamada dictadura del proletariado, o cualquier clase de dictadura que se intentara establecer en el período revolucionario"[33].

El grupo de militantes anarco-bolcheviques separados de la FORA que se autodenominarían desde 1923 "aliancistas" por la formación de la Alianza Libertaria Argentina en oposición a la FORA, sería absorbido por la Unión Sindical Argentina y terminaría confundiéndose en el seno del "sindicalismo" sin llegar a convertirse en una alternativa al anarquismo tradicional ni al recientemente formado Partido Comunista. Por otro lado, su adhesión a la revolución rusa iría enfriándose a medida que en la Unión Soviética se hacía cada vez más evidente la subordinación de las otras esferas de la sociedad a las políticas del partido bolchevique.

El último conflicto producido dentro de las filas del anarquismo al que se hará referencia se vincula a un viejo problema que nunca logró resolverse: el uso de la violencia como método de lucha. La acción violenta no había tenido un peso significativo en el movimiento libertario argentino; si bien en su práctica discursiva se apelaba a una retórica violenta, su práctica política se mantuvo alejada del terrorismo al estilo del practicado en Europa a fines del siglo XIX cuando fueron asesinadas varias figuras relevantes de diversos gobiernos. Si bien al comienzo algunos grupos locales ultra-individualistas defendían, aunque nunca la hayan ejercido, la práctica de la "propaganda por el hecho" y del

33. Resoluciones del congreso de la FORA realizado entre el 31 de marzo y el 6 de abril de 1923. En D. A. de Santillán, *La F.O.R.A....*, p. 265.

atentado, el predominio de las tendencias organizadoras llevó al movimiento local a privilegiar la acción de masas por sobre la acción vindicadora individual.

Sin embargo el tema se discutió intensa y fervorosamente en el anarquismo local y, más allá de las distintas posturas, existía un consenso generalizado de que la violencia de masas era necesaria para la destrucción de la sociedad capitalista y la construcción de una más justa. Pero cuándo y cómo habría de utilizarse esta violencia era un interrogante sin definición. La aceptación o el rechazo de la violencia individual (especialmente el atentado) dividía a los simpatizantes libertarios. En principio había una coincidencia en sostener que este tipo de actos constituían una respuesta lógica (y no deseada) a los males sociales y a la explotación.

Esta justificación se basaba en criterios morales implícitos en la doctrina anarquista. Según este razonamiento, no era la anarquía quien armaba el brazo del rebelde sino la injusticia social, y la violencia no era el resultado de la irracionalidad sino sólo de la desesperación provocada por esta injusticia. "El hecho violento es, pues, una consecuencia del estado mismo que impera en la sociedad y no producto de doctrinas determinadas"[34].

En circunstancias excepcionales el atentado personal debía justificarse como un acto de justicia; así fue considerado el atentado realizado en 1909 por el joven ácrata Simón Radowitzky que costó la vida del jefe de policía Ramón L. Falcón. El hecho, que conmovió al país, recibió el apoyo del movimiento anarquista aun cuando nadie impulsara abiertamente este tipo de acciones. Mientras *La Protesta* se refirió al atentado con un elocuente "la ejecución de un verdugo y el miedo al tirano", la FORA manifestó su solidaridad con "el hermano vengador" que había actuado con la

34. *El Rebelde,* 26 de agosto de 1900.

desesperación de quien contemplaba con impotencia como el responsable de la matanza del Primero de Mayo de 1909 se mantenía impunemente en su cargo; simultáneamente aclaraban que de ninguna manera la Federación impulsaba colectivamente actos de naturaleza violenta. Y aunque Radowitzky se convirtió en símbolo, bandera de lucha y ejemplo de todos los anarquistas, su acción sólo fue imitada de manera excepcional.

En efecto, en 1923, en un hecho similar al protagonizado por Radowitzky el anarquista alemán Kurt Wilckens asesinó a balazos al coronel Héctor Varela, apodado por los anarquistas "el fusilador de la Patagonia" por ser el responsable directo de la masacre de peones rurales llevada a cabo por el ejército durante la huelga de 1921. Si bien con distinto grado de entusiasmo, la comunidad anarquista recibió con satisfacción poco disimulada la desaparición de su más odiado enemigo, tal como tres lustros antes había ocurrido con el coronel Falcón. Si Radowitzky había vengado a los obreros caídos el Primero de Mayo, Wilckens hacía lo mismo con ios centenares de peones fusilados en el lejano sur. En ambos casos quienes hacían justicia por mano propia lo hacían porque pensaban que la justicia legal no había castigado a los represores.

Ninguna voz se alzó desde el anarquismo para condenar el atentado, y si bien es cierto que *La Protesta* fue mucho más reticente al elogio que *La Antorcha*, aceptaban el acto como lo hizo el propio Abad de Santillán: como un "gesto heroico" de quien eliminó al "símbolo de la criminalidad militarista al servicio del capitalismo"[35]. Además, en un indisimulable acto de solidaridad el Comité Pro Presos de la FORAC se hizo cargo de la defensa de Wilckens nombrándole un abogado. El alemán, como Radowitzky, se convirtió rápidamente en un símbolo del movimiento anarquista y cuando en junio de 1923 fue asesinado en la Penitenciaría Na-

35. D. A. de Santillán, *La F.O.R.A....*, p. 265.

cional por un guardiacárcel, la FORA declaró una huelga general repudiando el crimen. Las protestas se extendieron a varias ciudades del interior y en los choques con la policía murieron dos activistas y varios centenares fueron detenidos.

Hasta aquí los anarquistas sólo habían recurrido de manera excepcional al atentado. Pero, en los años veinte hicieron su aparición algunos grupos o individuos, denominados a sí mismos libertarios, que adoptaron formas de acción violentas. Generalmente estas acciones constituían asaltos a bancos e instituciones financieras con el objeto de financiar actividades partidarias ("expropiaciones") y atentados a miembros prominentes de la fuerzas de represión o enemigos políticos.

Uno de los rasgos principales de estos grupos era el descreimiento de la acción de masas y su consecuente aislamiento de los trabajadores y sus instituciones, a la vez que demostraban un extremado apego a la violencia para alcanzar sus objetivos. Si bien la cantidad de miembros activos de estos grupos era insignificante –igual que sus adherentes–, gracias a la espectacularidad de sus acciones y a la exagerada cobertura de medios gráficos sensacionalistas como el diario *Crítica,* adquirieron una sonora notoriedad. Es lo que ocurrió con las andanzas de personajes como Buenaventura Durruty[36], Miguel Ángel Roscigna y, especialmente, Severino Di Giovanni en la segunda mitad de la misma década y que produjo otro profundo desencuentro en el movimiento anarquista. Eduardo Colombo, uno de los últimos referentes anarquistas vivo, sostiene que "el atentado ciego y el robo –que no servía exclusivamente al movimiento ya que permitió que muchos ladrones se travistieran de anarquistas– produjeron reacciones de rechazo en el seno de la organización obrera. No olvidemos que la cultura

36. Durruty se convertiría en uno de los líderes y combatientes más importantes del anarquismo español durante la guerra civil.

proletaria de la época imaginaba al trabajador como un individuo responsable y orgulloso de su oficio: vivir sin trabajar era cosa de parásitos y de capitalistas"[37].

Denominados expropiadores por sus simpatizantes y anarco-delincuentes por sus detractores, su aparición es el resultado en cada caso de circunstancias particulares y en su conjunto de una coyuntura en donde primaba la desmovilización de la clase obrera y la propia impotencia de un anarquismo en franca decadencia. Fue particularmente importante la aparición en escena de Severino Di Giovanni, un joven inmigrante italiano que en el corto período de los cinco años transcurridos entre el atentado a la embajada de Estados Unidos en 1926 y su fusilamiento decretado por la dictadura del general Uriburu en 1931, protagonizó una escalada de violencia en nombre del anarquismo en la que murieron una quincena de personas, la mayor parte de ellas víctimas inocentes[38].

Su irrupción provocó una dura reacción en el ala más moderada del anarquismo que, a la vez, era el sector mayoritario nucleado en torno a *La Protesta* y la FORA. En cambio, *La Antorcha* y sus aliados acorde a su retórica más radical manifestaban cierta simpatía por las acciones expropiadoras. Sin embargo esta simpatía no estaba exenta de ambigüedad puesto que en ocasiones apoyaban las acciones de Di Giovanni y en otras efectuaban críticas elípticas, como sucedió con la polémica en torno a las tremendas consecuencias del atentado en la embajada italiana. *La Antorcha* por un lado sostenía que no criticaría los atentados populares aunque causaran víctimas inocentes, pero sí lamentaba

37. Eduardo Colombo, *Los desconocidos y los olvidados. Historia y recuerdos del anarquismo en la Argentina*, Nordan, Montevideo, 1999, p. 59.
38. El atentado más dramático se produjo en mayo de 1928 cuando, en nombre del antifascismo, colocó una bomba en la embajada italiana que provocó nueve muertos.

que se produjeran.

La Protesta descalificó desde un primer momento la acción terrorista del italiano y la separó de los atentados de Radowitzky y Wilckens considerados verdaderos "gestos de sacrificio". En primer lugar, consideraba que los actos de los anarco-delincuentes estaban impregnados de una violencia "sospechosa" y "desequilibrada" que provocaba víctimas inocentes; además criticaba duramente desde el punto de vista ético los robos, a los que equiparaba con simples actos de delincuencia en tanto servían para mantener a quienes los cometían, y, por último, afirmaba que el robo y el atentado alejaban a los trabajadores y servían para agudizar la persecución a los anarquistas.

Di Giovanni se defendía de las críticas y acusaciones desde su periódico *Culmine*, defendiendo el uso de la violencia, atacando a *La Protesta*, especialmente a sus dirigentes Abad de Santillán y López Arango, por su inacción y por haberse convertido en meros reformistas de palabra. La polémica era, desde ambas partes, de una violencia verbal inédita: "En nombre del anarquismo –sostenía *La Protesta*– hay una plaga de vividores que viven al margen del trabajo y confunden nuestra tesis revolucionaria de expropiación social con una vulgar apropiación individual... Es preciso extirpar el cáncer del vandalismo del seno del movimiento. Para eso no hace falta más que una cosa: negar toda solidaridad a los que caen presos por esas causas"[39]. La polémica se agravaba por las constantes amenazas lanzadas por Di Giovanni a los integrantes del periódico, que terminarían trágicamente con el asesinato de López Arango, aparentemente a manos de aquél[40].

La espiral de violencia interna del anarquismo se detuvo so-

39. *La Protesta*, 29 de enero de 1929.
40. Tal es la hipótesis de Osvaldo Bayer. Véase: O. Bayer, *Severino Di Giovanni. El idealista de la violencia*, Planeta, Buenos Aires, 1998, pp. 214-217.

lamente por la durísima represión emprendida por la dictadura del general Uriburu, quien, luego de un juicio sumario y a todas luces irregular, fusiló a Di Giovanni el 2 de febrero de 1931 y descargó una implacable persecución sobre los restos del movimiento libertario cerrando locales y periódicos, encarcelando y expulsando a sus dirigentes.

LOS CAMBIOS DE LA POLÍTICA Y LA SOCIEDAD

La reforma electoral realizada en 1912 implicó la universalización del voto masculino y la conversión en ciudadanos de una buena parte de los trabajadores, pues los extranjeros seguían excluidos. La ampliación de la ciudadanía política creaba una situación que modificaría paulatinamente las formas en que efectuaban sus demandas los trabajadores así como los estilos de interpelación de los partidos políticos al ampliarse su base electoral. Sin duda, las consecuencias a mediano plazo de la reforma electoral incidieron negativamente en las formas de protesta del anarquismo, aunque éste nunca haya percibido con claridad sus alcances, tal vez porque el cosmopolitismo de ciudades como Buenos Aires o Rosario era como un árbol que tapaba el bosque del proceso de paulatina nacionalización del mundo del trabajo iniciado después de la Primera Guerra.

La ampliación electoral, al sancionar el voto obligatorio, introdujo un problema sin resolución para el movimiento libertario. Para una concepción que interpretaba el derecho electoral como una obligación a renunciar a los propios derechos –pues el sufragio era concebido como un acto de delegación que constreñía la libertad individual–, el voto obligatorio era un acto autoritario y violatorio de la libre elección a la que tenían derecho los individuos: "El voto obligatorio –sostenía *La Protesta*– constituye un atentado contra la libertad individual, una afrenta

para el país que lo soporta. Es el colmo pretender que por la fuerza los ciudadanos se acerquen a las urnas para elegir a individuos que mañana serán sus opresores"[41].

En sentido contrario, la ampliación de la participación política de los trabajadores beneficiaba la actividad política de los socialistas que apostaban al mejoramiento obrero y a la transformación de la sociedad a través de reformas parlamentarias. Ya en la elección de diputados de la Capital de 1914 comprobaron los efectos positivos del nuevo sistema al obtener siete bancas, que aumentarían en los años siguientes acrecentando la representación del partido de Juan B. Justo.

Pero también el radicalismo, especialmente la vertiente yrigoyenista, orientó una zona de su discurso a interpelar a los obreros. Una vez en el gobierno, contaban a su favor no sólo con un eficiente aparato clientelista y propagandístico sino también con una herramienta sumamente efectiva como la intervención directa de Yrigoyen en la resolución de conflictos laborales, en muchos de los cuales laudó a favor de los reclamos obreros. Entonces, socialistas y radicales, con discursos y herramientas diferentes deben haber significado una alternativa interesante para los trabajadores, o al menos una parte de ellos. Por otra parte, nada impedía que éstos manifestaran una doble lealtad, es decir, adherir a la propuesta gremial del anarquismo y votar por radicales o socialistas, desoyendo los llamados libertarios a boicotear las elecciones.

Ante estos cambios, sin embargo, el anarquismo no modificó su actitud. Sus propuestas de abstención electoral o huelga general de sufragantes serían las mismas ahora que durante el régimen electoral restrictivo. Sus críticas no diferenciaban entre aquellos candidatos conservadores y estos postulantes radicales, así como profundizaron sus ataques al electoralismo del Partido Socialista

41. *La Protesta*, 14 de agosto de 1913.

con quien el divorcio ideológico y político era cada vez mayor.

En realidad, el anarquismo no podía modificar su actitud pues era prisionero de su propia doctrina que rechazaba tajantemente la política representativa y la delegación de la voluntad de un individuo en un tercero. Y no se trataba solamente de un ataque al "parlamento burgués" sino a todo tipo de representación política; no olvidemos que ésta fue una de las grandes discusiones que separó a los anarquistas de Marx y Engels ya desde la Primera Internacional y que marcaría, en adelante, uno de los puntos de mayor enfrentamiento con cualquiera de las vertientes socialistas posteriores.

Los anarquistas tampoco cambiaron sus actitudes frente a un Estado que, aunque lenta y paulatinamente, transformaba indefectiblemente sus políticas con respecto a los trabajadores, y se iba involucrando en los conflictos sociales para hallar soluciones que evitaran la radicalización de los mismos. Es cierto que el período comprendido entre 1919 y 1921 fue una coyuntura crítica en la cual hubo factores que contribuyeron a agudizar los enfrentamientos sociales y a instalar la percepción entre los sectores contestatarios de estar en la antesala de un proceso revolucionario. En cierta forma esta percepción era compartida por una parte de los grupos dirigentes que temía sinceramente la propagación de la revolución soviética.

La dura represión gubernamental de algunos conflictos que eran en un comienzo esencialmente gremiales, como la Semana Trágica, la huelga de los peones de la Patagonia y de La Forestal o de los trabajadores portuarios, era sin duda un reflejo de ese clima. Clima que fue aprovechado por verdaderas organizaciones de clase como la Asociación Nacional del Trabajo, cuya función esencial era combatir a las organizaciones obreras para destruir su autonomía, y, especialmente, la Liga Patriótica Argentina, que se dedicó a perseguir implacablemente a los acti-

vistas gremiales y de izquierda, solos o colaborando con la policía. Luego de esta coyuntura crítica se produjo un período de relativa calma social –que por supuesto no excluyó diversos conflictos– en el que la relación de los sindicatos con el Estado avanzó por los carriles de la negociación y el reconocimiento mutuo.

Sin embargo, los anarquistas no percibieron –o no le prestaron atención– a los cambios que se producían en las relaciones entre gobierno y sociedad, así como tampoco a las transformaciones de carácter coyuntural y estructural que modificaban a ésta. En efecto, durante los años de entreguerra se expandió con gran rapidez el proceso de descentralización urbana comenzado a comienzos del siglo XX que permitió a una buena cantidad de trabajadores emprender la aventura de alcanzar la casa propia, una de las formas de concretar el ansiado ascenso social. De esta manera se produjo una paulatina descentralización del mundo laboral, al separar el lugar de trabajo de la vivienda, que no fue positiva para la prédica anarquista, que parecía adaptarse mejor a la cultura obrera forjada en el conventillo o en las zonas industriales. La cultura surgida en los barrios suburbanos no eliminó la condición de obrero, pero reunió en un mismo ámbito a trabajadores, comerciantes, empleados y funcionarios conformando una sociabilidad vecinal que, en cierta forma, diluyó la identidad obrera y el conflicto de clase.

Por supuesto los problemas del mundo del trabajo no dejaron de manifestarse a través de la organización gremial y el conflicto, pero lo hacían ahora con un tono más reformista y menos contestatario, pues el relativo éxito de la movilidad social les permitía a muchos trabajadores tener la convicción de que sus hijos podrían ascender e incluso convertirse en profesionales o funcionarios. Esta movilidad ascendente, la cultura vecinalista y la política negociadora del gobierno yrigoyenista con el sindicalismo y su tendencia a favorecer ciertas reivindicaciones obreras,

seguramente deben haber quitado coherencia a la identidad de la clase obrera y debilitado los reclamos más radicalizados afines al anarquismo.

El movimiento anarquista nunca aceptó las políticas estatales de concesiones y no se adaptó a una cultura barrial que focalizaba su interés en reivindicaciones de tipo fomentista y que dependía, para lograr cierto éxito, de un diálogo fluido con las autoridades municipales. En el análisis realizado por los anarquistas predominaba un excesivo apego a la doctrina y cierto maniqueísmo en la percepción de la estructura social que terminó convirtiéndose en un fuerte obstáculo para su propia supervivencia.

También los cambios culturales contribuyeron a marginar el proyecto libertario. La paulatina argentinización de los inmigrantes y la exitosa alfabetización realizada por la escuela pública contribuyeron a acercar a los trabajadores a una industria cultural que creció aceleradamente y multiplicó su oferta. En estos años la radio, el cine y la prensa se convertían en medios de masas simultáneamente con la popularización y la profesionalización del fútbol. Esta tendencia se extendió por toda la ciudad puesto que cines y teatros así como también clubes y estadios deportivos se reproducían en casi todos los barrios, que adquirían de esta manera su propia identidad. Apegado a sus viejas concepciones y al purismo doctrinario, el anarquismo criticaba y despreciaba profundamente este proceso y es evidente que su oferta cultural no podía captar a las masas y sólo podía satisfacer a un reducido círculo de activistas. Inmersos en sus querellas internas y ajenos a los cambios exteriores se aislaron cada vez más en un mundo limitado a sus centros y círculos, en una especie de estrategia de auto-destierro en la que esos lugares operaron como espacios de representación ideal de la clase obrera y de un utópico cosmos solidario.

CONCLUSIONES

La movilización permanente, la acción directa, la urgencia revolucionaria y una constante predisposición a la rebelión de los anarquistas tuvieron el apoyo de numerosos trabajadores al despuntar el siglo XX. En esta coyuntura habían contado con la ventaja de un Estado y un sistema político que aún no habían ajustado los mecanismos de control social y político. Los militantes libertarios se adaptaron bien a un proceso de modernización social acelerado, contradictorio y tumultuoso, representando a los sectores populares insatisfechos.

Cuando todo esto cambió, al ampliarse el régimen político y al aumentar el Estado su participación en la esfera social, el anarquismo perdió su capacidad para articular respuestas y su atractivo para los trabajadores disminuyó de manera dramática, siendo reemplazado por tendencias como el sindicalismo o el comunismo. En ese contexto las constantes polémicas internas que lo desgarraron por dentro representaron, en cierta forma, una manifestación de la impotencia de un movimiento que veía disminuir su arraigo entre los trabajadores.

Cuando el gobierno golpista y dictatorial del general Uriburu descargó su furiosa represión sobre el campo popular, el anarquismo ya era una sombra de lo que había sido. El cierre de locales, el amordazamiento de la prensa, la detención y la expulsión de cientos de activistas terminaron de asestarle un golpe de muerte.

Los escasos círculos que habían sobrevivido durante la década del veinte fueron clausurados y no volvieron a abrir. *La Protesta* recién pudo reeditarse a comienzos de 1932, pero su circulación era cada vez más restringida.

La FORA debió permanecer en la ilegalidad y la mayoría de sus sindicatos adheridos se disolvieron quedando confinada la presencia anarquista. Durante el gobierno del general Agustín P. Justo la represión disminuyó pero no para el anarquismo, que debió permanecer en la clandestinidad, desde donde un grupo de militantes libertarios fundó en 1935 la Federación Anarco Comunista Argentina (FACA) que sobrevivió a duras penas algunos años. Además, continuaron las rupturas: Horacio Badaraco, uno de los líderes anarquistas más significativos de los años 30, fundó el grupo *Spartacus* y se acercó a las posturas del comunismo.

La última gesta del anarquismo fue la Guerra Civil Española. Todas las ilusiones y expectativas de los anarquistas de todo el mundo fueron depositadas en las experiencias comunales realizadas durante la guerra entre el campo republicano español y el fascismo. Hacia allí partió una parte importante de los libertarios locales. Finalmente, la dura derrota de los republicanos selló su suerte y el anarquismo se perdió en el tiempo. Sin embargo, Eduardo Colombo tal vez tenga razón cuando señala que algo importante ha persistido del anarquismo en la actualidad: la "respuesta directa a la opresión" y "la necesidad de encontrar nuevos caminos de auto-organización y liberación"[42].

42. E. Colombo, *op. cit.*, p. 117.

BIBLIOGRAFÍA

Dora Barrancos, *Anarquismo, Educación y Costumbres en la Argentina de principios de siglo*, Contrapunto, Buenos Aires, 1990.

Osvaldo Bayer, *Los anarquistas expropiadores. Simón Radowitzky y otros ensayos*, Galerna, Buenos Aires, 1975.

Osvaldo Bayer, *Severino Di Giovanni. El idealista de la violencia*, Planeta, Buenos Aires, 1998.

Edgardo J. Bilsky, *La Semana Trágica*, CEAL, Buenos Aires, 1984.

Edgardo J. Bilsky, *La F.O.R.A. y el movimiento obrero (1900-1910)*, CEAL, Buenos Aires, 1985.

Hugo del Campo, *Los anarquistas*, CEAL, Buenos Aires, 1971.

Eduardo Colombo, *Los desconocidos y los olvidados. Historias y recuerdos del anarquismo en la Argentina*, Nordan, Montevideo, 1999.

Andreas L. Doeswijk, *Entre camaleones y cristalizados: los anarcobolcheviques rioplatenses, 1917-1930*, Tesis Doctoral, UNICAMP, Campinas, 1998.

Julio Godio, *La Semana Trágica de enero de 1919*, Hyspamérica, Buenos Aires, 1985.

Iaacov Oved, *El anarquismo y el movimiento obrero en Argentina*, Siglo Veintiuno, México, 1978.

Diego Abad de Santillán, *La F.O.R.A. Ideología y trayectoria*, Proyección, Buenos Aires, 1971.

Diego Abad de Santillán, *Memorias*, Planeta, Barcelona, 1977.

Juan Suriano, *Anarquistas. Cultura y política libertaria en Buenos Aires, 1890-1910*, Manantial, Buenos Aires, 2001.

David Viñas, *De los montoneros a los anarquistas*, Carlos Pérez Editor, Buenos Aires, 1971.

Gonzalo Zaragoza, *Anarquismo argentino (1876-1902)*, Ediciones de la Torre, Madrid, 1996.

EL AUTOR

Doctor en Historia. Profesor de Historia Social General en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires e Investigador del Instituto Ravignani de la misma universidad. Director y Profesor de la Maestría de Historia del Instituto de Altos Estudios Sociales de la Universidad Nacional de San Martín (UNSAM). Director de la revista de historia *Entrepasados* y de la colección *Nueva Historia Argentina* (Sudamericana). Ha publicado varios libros: *Anarquistas. Cultura y política libertaria en Buenos Aires, 1890-1910* (2001); *La cuestión social en Argentina, 1870-1940* (2000); *Atlas Histórico Argentino* (2000, en colaboración con Mirta Lobato); *La protesta social en la Argentina* (2003, en colaboración con la misma autora); *Dictadura y Democracia, 1976-2001* (2005). También ha publicado numerosos artículos en revistas nacionales y extranjeras.